

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

CALDERON DE LA BARCA.—**Dramas de honor: I. A secreto agravio, secreta venganza; II. El médico de su honra, El pintor de su deshonra.**—Edición, prólogo y notas de Angel Valbuena Briones. Clásicos Castellanos, 141-142. Espasa-Calpe, Madrid, 1956.

Muy en consonancia con los propósitos de la colección de «Clásicos Castellanos», A. V. B. ha querido ofrecer, de los tres famosos dramas calderonianos, una edición que sea ante todo útil: útil para todos los que penetran en el frondoso bosque del teatro del siglo de oro. El editor ha multiplicado las notas y comentarios al texto, aun a riesgo de que algún erudito le tache de excesivamente nimio por molestarse en anotar lo que él se tiene muy sabido. Pero el editor persigue en primer término la utilidad y hace muy bien en advertir desde el principio que su edición «está hecha especialmente para los hispanistas y estudiantes extranjeros que se interesan por nuestro Siglo de Oro». Como avezado a la enseñanza de nuestra literatura a gentes de otras hablas, A. V. B. conoce muy bien las dificultades que una obra del siglo XVII presenta a los estudiantes; con sus notas, evita mucha pérdida de tiempo consultando léxicos y diccionarios. Por otra parte, las notas aclaratorias intentan también situar los pasajes correspondientes en la época en que nacieron; y así, A. V. B. echa mano, a más del Diccionario de Autoridades, del sabroso y pintoresco Covarrubias (aunque en algunos extremos, como los etimológicos, debería advertir el valor puramente de época de las explicaciones del autor del *Tesoro*), y de una larga serie de obras

de los siglos XVI y XVII. Todo ello sitúa al lector dentro del ambiente en que se escribieron los tres dramas, y ayuda a comprenderlos en relación con las opiniones, ideas y costumbres del siglo XVII.

A la edición antecede un amplio prólogo de páginas densas y meditadas. En él, A. V. B., buscando la comprensión de las obras que edita, no ha querido marear al lector con una seca exposición de ediciones, fuentes, variantes y demás detalles marginales a la obra literaria en sí; ha pretendido ante todo exponer el sentido, la significación de los tres dramas, interpretarlos en función de las gentes para quienes fueron escritos. Bien es verdad que V., erudito además de hombre sensible, nos da al final los datos fundamentales históricos y accesorios de los dramas.

Este prólogo creemos que aporta puntos de vista muy interesantes para la comprensión de los tres dramas de Calderón, y aún de todo su teatro. Si algún reproche pudiera formularse a A. V. B., sería el de no haber insistido con más énfasis en las líneas esenciales de su interpretación.

Dos características señala A. V. B. en el teatro de Calderón que nos parecen acertadas, aunque aparentemente chocan con la idea más o menos rutinaria que sobre el dramaturgo se mantiene: una, la de su popularismo; otra, la de que el honor, motor fundamental de todas sus obras, no es una simple construcción elocuente del autor, sino un reflejo de la realidad coetánea. La primera parece en desacuerdo con la idea de un Calderón «minoritario» en oposición a un Lope «pueblo», un Calderón preocupado de los problemas de la lengua y el estilo barrocos y alejados de la raíz popular; pero es evidente, como indica V., la importancia de los elementos populares en su obra, ya por la utilización de la sabiduría frásistica de los refranes, ya por reflejar las preocupaciones verdaderamente populares en su época (y una de éstas, y no la menor, era entonces la del honor, que no es una construcción mental de Calderón, sino algo que rezumaba por todas partes en el siglo XVII español y que aún todavía colea en nuestra península). Ahora bien, el atribuir a Calderón una raíz popular, no excluye ni mucho menos la preocupación artística, la elaboración de la obra literaria, tan típicas del barroco como poco presentes en Lope, por ejemplo.

Nacen, por lo tanto, los tres dramas de Calderón como exponentes de una idea popular entonces: la del honor, y como prototipos de comportamientos vistos entonces por todos como los únicos decentes y honorables. El editor señala ejemplos históricos de conductas coetáneas que demuestran la perfecta realidad de las creaciones de Calderón, y además, aduciendo textos de tratadistas italianos y españoles, nos pone en claro los fundamentos de aquellas conductas y las normas que se consideraban como «normales» e ineludibles. Así, vistos en el ambiente de la época, los personajes calderonianos no parecen frías abstracciones inhumanas, sino que resultan encarnaciones muy vivas de tipos realmente humanos.

Analiza A. V. B. detenidamente lo que se entendía por «honor», no dejando en silencio las interpretaciones que se han hecho de este concepto. El español del siglo XVII, exageradamente individualista y solitario, tenía sin embargo que vivir en sociedad: la norma que regula precisamente esta convivencia, es la del honor. El honor era una regla de conducta, una ordenación racional de los instintos e impulsos por medio de la voluntad, de manera que el hombre resultara intachable ante Dios, ante el rey (resumen entonces de la patria) y ante los demás hombres. La ley del honor tenía que sobreponerse a los sentimientos, de tal forma que de éstos sólo quedaba servido el culto al propio yo: el ídolo intachable de la propia persona debía quedar fuera del alcance del más leve arañazo. Como consecuencia, el honor conduce a una egolatría, en que a la propia imagen de sí mismo se sacrifica fríamente todo otro sentimiento. El drama de honor, pues, consiste en esta agonía interna, dentro del hombre que ha de mantener firme una ley a costa de los propios sentimientos. Más dramática agonía que cualquier otra, en cuanto que el honor puede mancharse no por la propia conducta del que lo mantiene, sino por la de los demás. Ante la ofensa que mancha la imagen límpida del propio honor, no cabe otra postura que la de restablecer el equilibrio vengándose y evitando el desprecio de los demás. Lucha terrible de sólo el hombre contra los demás y contra los propios sentimientos.

De todos los agravios contra el honor, era evidentemente el más grave el del adulterio, y es posible que en esto, como indica V., haya cierta influencia de la cultura — si no de la literatura — árabe. Los tres dramas de Calderón tratan de este tema: son casos extremos, pero muy reales. Ciertamente que en los tres protagonistas «la evolución psicológica es muy similar», pero los tres dramas combinan situaciones diferentes del honor: la ofensa pública en «El pintor...», privada en «A secreto...», la venganza cumplida a medias por otro imperativo del honor en «El médico...».

Analiza además V. la especial simbología que tienen las tres obras. El médico es un curador del espíritu, un cirujano que amputa lo deshonesto, de acuerdo con las ideas de la época y que ya venía de la igualación mitológica del Sol de la Fama con el Apolo médico. El pintor, como hombre dedicado a lo que muchos consideraban oficio vil, estaba obligado como noble de nacimiento a un duplicado esfuerzo para sostener su honor. El secreto es una profilaxis necesaria para salvaguardar la honra, dejando al sentimiento sólo el callado escape de la melancolía.

Por último, indica V. cómo en los tres dramas actúa un poder semejante al que regulaba la tragedia griega. Si en ésta era la inexorable ananké la que castigaba todo exceso, también en Calderón la punición de las protagonistas, inocentes o no en el agravio, es consecuencia de un destino casi fatal. Ciertamente que se habla de la Fortuna, más o menos arbitraria. Pero esta fortuna del barroco estaba algo predeterminada por el destino, por los astros, aunque en Calderón siempre

quede a salvo el libre albedrío. Por otra parte, haya o no condicionamiento astrológico, el castigo es siempre ejemplar: como dice V., las tres protagonistas caen (otra de las figuras metafóricas del honor: la caída de la norma, el dejarse arrastrar por el instinto), caen precisamente por su discordia íntima: por el incumplimiento de compromisos anteriores a su matrimonio.

En suma, creemos que el editor ha hecho una clara interpretación de los tres dramas calderonianos. No son venganzas a sangre fría, que hoy nos parecen excesivas. Son consecuencias naturales dentro del ambiente en que nacen, dentro de las situaciones que en ellos se plantean. Las protagonistas mueren por su propia falta inicial, anterior al desarrollo de la ofensa al marido. Estos no matan por placer, por crueldad, sino por obligación. Venganzas sancionadas por la sociedad y aprobadas por el público que escuchaba el drama y esperaba ineludiblemente tales desenlaces.

E. A. LI.

MARTÍNEZ CACHERO, JOSÉ MARÍA.—**Menéndez Pelayo y Asturias.**—Diputación de Asturias. Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo, 1957.

El presente volumen ha obtenido el premio instituido por el organismo que ahora lo publica, para conmemorar el centenario del nacimiento de Menéndez Pelayo, convocado bajo el tema de las relaciones del sabio polígrafo con la región asturiana.

Pero prescindiendo de esta meritoria circunstancia, ya que no siempre los premios y los libros marchan al unísono, como en el caso presente, observemos los valores fundamentales de la obra de Martínez Cachero, sin duda una de las más eficaces y serias redactadas con motivo de la ocasión celebrada.

Estamos ante un libro erudito, en el concepto meliorativo del vocablo, ya que debemos volver por los fueros de la sólida investigación, única que puede aclarar la verdad fundamental de la historia y los hombres, y no las interpretaciones fáciles hechas con el torcedor del apasionamiento, mezquino por personal.

Y este Don Marcelino «al pié de la letra» que Martínez Cachero nos ofrece, no sólo en su relación asturiana, pues el libro desborda el tema y necesariamente descubre otros aspectos, habla por propia boca y no con voz prestada por traductores de ocasión. Así muchos extremos, escasamente matizados —o, por el contrario, coloreados con exceso—, de su vida y su obra, y de sus ideas fundamentales, buscan el fiel del documento delator y se equilibran sobre su base

verdadera. Prácticamente la vida entera del maestro es recorrida al hilo de sus ligamentos con Asturias, mucho más numerosos de lo que pudiera suponerse, y episodios centrales en estas referencias, como los de sus relaciones con los Pidal, con Alas, o el de su designación senatorial por la Universidad, se enriquecen con una dilatada e inédita investigación. Y ha de reconocerse que, aunque no han de faltar al autor, sin duda, inclinaciones de interpretación particular, se nos ofrece en general el imparcial lenguaje de los hechos.

Ha de agradecerse también a Martínez Cachero la claridad expositiva y la limpieza técnica de su redacción, reuniendo en unas explícitas «previas» las noticias precedentes, la situación histórica del asunto, y añadiendo sobre ellas su aportación propia. Los apéndices epistolares y las reproducciones fotográficas son el obligado complemento de una obra que será indispensable para ilustrar una buena zona de la personalidad que la ha inspirado.

RAFAEL BENÍTEZ CLAROS

ENTRAMBASAGUAS, JOAQUÍN DE.—**La papelera volcada.**—Colección literaria «El Grifón». Madrid, 1956.

Con su humor habitual, pone la pluma en la llaga Entrambasaguas, volcando una papelera de retales, trozos de papel y recortes de su obra mayor, esos seres nonatos que todo el que escribe arroja un día y a los que tiene su valor reconocer y criar, si como en este caso eran figuras graciosamente conformadas.

Y a estos hijos menores de sus letras nadie les negará que tengan donosura bastante, vida de sobra para la subsistencia y ese empuje travieso que necesita el niño sano, incluso para molestar a veces a los hombres sesudos, a los vertebrados adultos, cabeceras osificadas de la especie.

Toda la mascarada de las letras es jubilosamente revuelta por tan inquietas criaturas. En esta feria de las vanidades literarias más de un títere sirve de blanco a la pelota certeramente dirigida y, los papeles invertidos, mas de un gigante o cabezudo huye ante los vegigazos del tropel infantil. El público discreto y fino, ¿cómo no habrá de sonreír ante tan bulliciosa escena?

Entrambasaguas parece descorrer el teloncillo del retablo de los literatos y, nuevo Maese Pedro, ofrecernos la distraída farsa cuyos maravillosos puntos entenderán todos los descendientes por la rama legítima. Las primeras figuras del guiñol hay que reconocer que actúan con maestría extremada, cual si de su beneficio se tratase: Allí el viejo santón hace su gesto de «muezzin» ante los arrodillados congregantes, o el trovador orondo rechina una remota salmodia arru-

macada, mientras un bufoncillo alegre hipa y mueve sus cascabeles entre mil zapatas y corcovas. Después asistiremos a la antigua disputa entre el alma y el cuerpo, también a cargo de actores expertísimos, a la dichosa jácara de «las intelectualisas» (donde el harén dejará tantísimo que desear) y recrearemos el ánimo, entre otros bellos cuadros, con el famoso entremés de «las capillitas», a cargo de toda la compañía. La función es completa y los representantes merecen los más cálidos elogios por haber conseguido superarse a sí mismos.

Entre bromas y veras «La papelera volcada» cumple con un deber desgraciadamente olvidado en las letras actuales, donde parece que todos nos hemos tornado profundamente serios y engolados, ensayando una rigidez, o cadavérica o asnal, con la que hacemos lentos signos afirmativos ante los juegos de los truchimanes. Nunca ha llegado la crítica española a tan excelso extremo de papantismo, ni jamás el interés o el miedo conturbaron tantas mentes que debieran ser claras. Es natural, pues, que nunca como ahora haya habido tanto cacareante poetilla, tanto eruditazo violeta, tanto novelero de saldo, ni tan aciagos y perversos comicastros, florecidos todos en el abundante abono que los críticos producen.

Por eso es necesario que surja de una vez la risa, que con su frescura contagiosa cunda y llegue a avergonzar —que ya es decir—, o por lo menos a sofrenar a tan desentradados vocinantes. Buen comienzo de ella es esta «Papelera», alivio de ceñudos, distensora de adustos. No faltará quien recontándose las lacras y anotando que ninguna le falta, se crea reflejado en el impersonal, mas amplio, repertorio que de tachas a la elección se brinda, y más de alguno puede que, enfadado por encontrarse repulsivo, eche lejos de sí el librillo, causa de su desasosiego. A esos se les impone aquella expeditiva y clásica manera de cirugía facial, que preconiza: «Arrojar la cara importa, que el espejo no hay porqué».

RAFAEL BENÍTEZ CLAROS

DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.—**Obras publicadas e inéditas.**—Biblioteca de Autores Españoles (continuación). Edición y estudio preliminar de D. Miguel Artola. Madrid, 1956 (tres volúmenes).

Al cesar en 1868 la subvención gubernamental, la BAE tuvo que abandonar su ingente y patriótica tarea. Precisamente por aquellos días andaba en galeradas el tomo III de las *Obras* de Jovellanos, que incluía sus *Diarios*. Desde entonces ha pasado casi un siglo, y no en vano en lo que se refiere a la investigación literaria. Por esto bastantes tomos de la Biblioteca son hoy inútiles, y darlos ahora

al público tal como aparecieron en su primera edición no me parece muy recomendable. Mucho mejor sería rehacerlos y poner así al día este magnífico corpus de clásicos españoles. Añádase que la impresión de varios tomos, como consecuencia del método de reproducción utilizado, o del uso excesivo de las planchas, es tan mala, que no debieran ponerse a la venta. Algo de todo esto alcanza a los volúmenes de Jovellanos. Ya Somoza había señalado sus defectos, que llegan incluso a infidelidad textual, como yo mismo he podido comprobar en varias ocasiones, lo que obliga a usarlos con ciertas cautelas. Jovellanos es uno de los autores que siguen pidiendo a gritos una buena edición de sus obras, que reproduzca fielmente lo que él escribió, que presente ordenados en forma clara y lógica los múltiples y variados escritos, y en la que se anoten convenientemente los lugares difíciles, para que puedan ser perfectamente comprendidos por todos, cosa que dudo mucho que ahora suceda.

En estos tres nuevos tomos se reúnen obras de Jovellanos que andaban desperdigadas en varios libros, algunos ya de muy difícil adquisición. Indudablemente esto tenemos que agradecer a la continuación de la BAE, y al editor de los tres volúmenes, Miguel Artola. El tercer tomo (primero de los que nos ocupan) incluye siete *Diarios*; el cuarto el resto de los *Diarios* y el epistolario; el quinto todo lo demás.

La falta de escrúpulos con que ha procedido Artola se advierte bien en la reimpresión de los *Diarios*. En dos ocasiones por lo menos (t. III, pág. LXXXVI, y t. V, pág. 425) critica la edición que acaba de hacer el I. D. E. A., por no incluir más que nueve diarios, cuando habían sido publicados ya otros cinco, reparo que me parece justo. Pero debió decir también que su edición es una copia servil de los dos tomos del I. D. E. A., de los que difiere únicamente por haber suprimido los dibujos de Jovellanos, por no reeditar el magnífico prólogo de Angel del Río y por no ofrecer los imprescindibles índices, no aparecidos aún por las fechas en que Artola enviaba a la imprenta, limpios y mondos, los pliegos de la criticada edición. No sería éste pecado grave, si el I. D. E. A. se hubiera limitado a reproducir una edición anterior, mejorada o no, o una copia exacta de algún manuscrito. Pero es algo más que eso, como puede advertir el lector más distraído: Somoza no sólo transcribió los manuscritos, sino que los interpretó y hasta los corrigió, lo que equivale a una obra personal y propia. Todo esto ha pasado íntegro a la BAE, haciendo suponer que es Artola y no Somoza el autor del paciente trabajo. La impudicia aún reviste caracteres más graves, cuando leemos a pié de página todas las notas que puso Somoza, sin advertir que son de él, como es norma de cualquier labor honrada. Esta copia es tan fiel, que hasta aparecen las notas que Somoza puso en los casos en que faltaba algún dibujo citado en el texto, notas que en el tomo que comento no vienen a cuento, cuando Artola, no sé por qué, decidió suprimir todos los dibujos, algunos por cierto imprescindibles. La misma fidelidad se advierte en el texto, que ha sido reprodu-

cido hasta con las más evidentes erratas, como *Cortes* por *Cortés* (III, pág. 8 *b*<sub>11</sub>), o *instintos* por *institutos* (III, pág. 140 *b*<sub>13</sub>). No hay mejor demostración del poco trabajo que costó a Artola la preparación de estos tomos. ¿Y a qué, ciertamente, tomarse otro, si lo que estaba hecho no podía él superarlo?

Otra característica de esta edición es la prisa con que se hizo, lo que permitió una serie de incongruencias: así se incluyó en el tomo IV, pág. 353, la carta a Jeremías Bentham, ya publicada en el tomo II, pág. 319. El informe de Jovellanos a Carlos IV, proponiéndole a Tavira para Obispo de Salamanca, ha sido editado dos veces (tomo IV, pág. 14, y tomo V, pág. 293). En el tomo V, págs. 296-330 se incluye el *Plan para la educación de la nobleza*, que no es obra de Jovellanos, sino acaso de Vargas Ponce, sin advertir al menos que ya su primer editor, Adellac, tuvo sus dudas sobre la paternidad jovellanista. Quizás tampoco sea de Jovellanos el *Fragmento poético* (tomo V, pág. 409), que Somoza publicó con el título *Versos enmendados por Jovellanos*, título ahora desaparecido sin que se dé ninguna razón (acaso el autor fuera alguno de los que acompañaron a Jovellanos en el viaje de Cádiz a Muros); por otro lado no veo que le cuadre la palabra «fragmento». Hablando de poesía, permítaseme señalar la falta de la *Sátira* que yo he publicado en esta misma revista. En los *Diálogos sobre crítica económica* (tomo V, pág. 337) suprimió el extracto que Ceán hizo de la parte no incluida por él, y que puede leerse en SOMOZA, *Nuevos datos*, pág. 27. Con menos prisas Artola hubiera podido incluir algunas otras cosas: por ejemplo, las cuatro poesías inéditas que están en la Biblioteca Nacional, ahora ya conocidas del público gracias a mi amigo M. Demerson; o lo demás inédito que hay en la misma Biblioteca; o todos los documentos, al menos los que son obra de Jovellanos, referentes a la reforma de estudios de los Colegios de Calatrava y Alcántara, no publicados por Gómez Centurión, y que se encuentran en el Archivo Histórico Nacional. En este mismo lugar hubiera podido encontrar algunas otras cosas interesantes, que no cita ni siquiera en el Índice cronológico del tomo V, lo que demuestra que no alcanzó la más mínima noticia de ellas. Pero para esto se requiere trabajar con calma.

El plan seguido en la publicación de documentos me parece errado. Igual que en la correspondencia es conveniente incluir, a más de las cartas escritas, las recibidas por el autor, en las colecciones de documentos debieran entrar todos los del respectivo expediente, fueran o no de Jovellanos, ya que con frecuencia éste extracta o sintetiza, sin decirlo, ideas ajenas, y el único modo que nosotros tenemos de saberlo es leyendo los documentos originales. Pienso concretamente en el expediente de reforma del Colegio de Calatrava, del que sólo conoce el público lo referente a la visita de Jovellanos y a su puesta en práctica, pero no lo de los once años anteriores, cuyos documentos son, sin embargo, los



que dan la clave para entender el *Reglamento* (1). Si Artola hubiese abierto una sección titulada: «Documentos», palabra que por cierto estaba ya en alguno de los libros que utilizó, hubiera podido hacer esto y evitado ese misceláneo tomo V.

Tampoco me gusta el método seguido en la publicación de las cartas. El único aceptable es el cronológico; pero Artola quiso unir éste al seguido por Nocechal, entonces en uso, de clasificar la correspondencia de acuerdo con los corresponsales, y ha resultado que ni lo uno ni lo otro, ya que ni podemos leerlas cronológicamente, ni agrupadas por nombres de destinatario. Además, aunque Artola habla de haber incluido las cartas dirigidas a Jovellanos, la verdad es que faltan bastantes de las publicadas: por ejemplo, las de Meléndez, que Cueto puso al frente de las poesías de este autor (BAE, t. 63); los fragmentos utilizados por el mismo Cueto en el prólogo del tomo 61; siete de las que incluyó Huici en su *Miscelánea* y las dadas a luz por Somoza en *Cosiquines de la mió Quintana*, entre las que ahora recuerdo.

Al tomo III precede un prólogo, dividido en dos partes: la primera, titulada *La Vida*, es una biografía más, en la que nada nuevo se dice, habiendo tanto que decir; la segunda, *El pensamiento de Jovellanos*, es acaso lo mejor y el único defecto que le encuentro es el de no ser más amplia. El propio Artola dice, que elimina algunos temas más conocidos y que deja muchos puntos sin tratar, para no alargar el prólogo. Lástima que las 47 páginas de la primera parte no las hubiese dedicado también a las materias de la segunda: así el problema de la educación hubiera podido tratarlo con más amplitud. Noto la falta de un capítulo referente al problema religioso, tema del que todos parece que huyen, por sabe Dios qué razones de prudencia, pero que tiene tanta importancia, que no ya coja sino falsa será la visión de Jovellanos, mientras no se estudie a fondo y con imparcialidad.

El tomo V termina con un Índice cronológico de todas las obras de Jovellanos. Es una mala copia de lo que había hecho Somoza, añadido lo posterior al *Inventario*. Hay que corregir no pocas fechas. En muchos artículos falta toda indicación bibliográfica. Por ejemplo: las tres últimas obras reseñadas en la página 454, col. b, no llevan más indicación que detrás de la tercera de ella la página 160 del mismo tomo V; pero allí no encontramos tampoco ningún dato que nos permita saber quién cita o dónde estaban las dos primeras. Creo además

---

(1) Debo advertir que el texto conocido del *Reglamento* es defectuosísimo y hasta está falsificado, como se comprueba comparándolo con el original firmado por Jovellanos y aprobado por el Consejo de Ordenes. Todo el expediente de esta forma, que haría él solo un nuevo tomo de la BAE, tiene un indudable interés para la historia de la enseñanza, aparte lo que toca a Jovellanos. Por todo esto preparo yo una edición, que espero pueda ver la luz pronto.

que un índice de esta clase necesita algunos datos bibliográficos, como son: lugares donde están los manuscritos, primeras ediciones y edición seguida por Artola. En algunos casos también hubiera sido conveniente explicar qué motivos ha habido para dar una fecha concreta.

No he tenido paciencia ni tiempo para confrontar esta edición con los textos originales. Encuentro, desde luego, bastantes erratas; pero no seré yo quien tire piedras al tejado del vecino en punto a erratas. Sólo señalo dos, la primera porque acaso no lo sea, y la segunda porque puede dar lugar a una mala interpretación del texto: tomo IV, pág. 210 *b*<sub>10</sub>, se dice: «volver a descansar de *becho* en esa», y debe decir «volver a descansar de *abecho* en esa» (es un dialectalismo); tomo III, pág. 174 *b*<sub>10</sub>, dice: «nada tenía en aquel sitio, sino la casa que aún está», y debe decir: «sino la casa, que aún está».

Va ya demasiado larga esta reseña, para que me detenga en algunas otras minucias que he advertido. Defectos los tiene toda obra humana; pero hay defectos y defectos. Si he sido duro al señalar los de Artola, ello obedece a que a mi modo de ver estos nuevos tomos, salvo darnos reunidos y a nuestro alcance escritos desperdigados y en ediciones ya raras, dejan en pie la crítica que Somoza hizo de los que publicó Nocedal. Y creo que Jovellanos es uno de los autores que más merecen una buena edición crítica, aunque no sea más que para poder estudiarle bien, cosa que hasta ahora resulta bastante difícil.

JOSÉ CASO GONZÁLEZ

JIMENEZ, ALBERTO.—**Juan Valera y la generación del 1868.**—Oxford, The Dolfín Book Co. Ltd. 1956. 178 págs.

A pesar de que la bibliografía sobre D. Juan Valera es bastante extensa (véase, p. ej., Romero Mendoza: *Don Juan Valera*, Madrid, 1940, con abundante información—pág. 233 y ss.—sobre otras publicaciones referentes al autor de *Pepita Jiménez*), la personalidad y la obra de este novelista no sólo permiten sino que piden todavía nuevos trabajos, y esto se podría hacer extensivo a otras figuras contemporáneas. Especial interés revestirían, por ejemplo, estudios en que se analizasen, con arreglo a los modernos métodos de la crítica literaria, el estilo de los escritores de entonces, o se caracterizara de manera precisa su pensamiento y su ideología. El libro de Alberto Jiménez que ahora reseñamos pretende presentar una visión general de la personalidad, la creación y el pensamiento de Valera enmarcados dentro del cuadro de la época en que vivió, de la generación de 1868 a la que, según Jiménez, pertenece el novelista.

El Capítulo I tiene un propósito de caracterización ambiental, histórica y

cultural, de la época de Valera. El Capítulo II pasa revista, rápidamente, a la novelística española de todos los tiempos. El Capítulo III da los perfiles más esenciales de los novelistas pertenecientes, junto con Valera, a la generación de 1868, concretamente Alarcón, Pereda y Galdós. Tras de estos capítulos, dedicados a recoger y sintetizar las «circunstancias» más destacadas de la época, los siguientes se enfrentan directamente con la figura del escritor de Cabra. El Capítulo IV resume los aspectos más esenciales de su biografía. El Capítulo V está dedicado al poeta y al ensayista—bajo esta denominación encontramos al autor de trabajos de crítica literaria, etc.—, y, por fin, los tres últimos capítulos estudian la producción novelística, desde *Pepita Jiménez* hasta «la última novela de Valera, *Morsamor* (1899) que es como un brillante final en que el poeta (como quería Valera que se llamase al novelista) pasa revista a los temas tratados en sus diferentes obras: afán de saber, ambición de gloria y de poder, deseos de conocer tierras distantes, ansia de fama y de alcanzar renombre. Y también cavilaciones filosóficas y especial empeño de saber del hombre, que Valera estima lo más notable que en el universo se puede concebir. «Y como dominando todos los otros temas, y como coronando esta Autobiografía espiritual, el tema del amor a la mujer, que es para Valera el tema primordial en la vida. Todo ello entretendido en una disertación en que el autor, sin pretender redactar una novela histórica, hace gala de su erudición y de sus lecturas de viajes y de historia» (páginas 168-9).

A lo largo del libro abundan las observaciones agudas y los análisis certeros, aunque otras veces, al querer abarcar un amplísimo campo, no pasa de ser resumen o síntesis de cosas ya bien conocidas. Para nosotros la parte más lograda de la obra es el aspecto puramente literario, en concreto, la caracterización y estudio de los distintos novelistas (véase, por ejemplo, las páginas dedicadas a Galdós—62 y ss.—, cfr. en pág. 124 la comparación entre ese escritor y Valera), y, sobre todo los capítulos dedicados a las novelas de Valera—los tres últimos—. Merece, también, elogio, la forma expositiva de Alberto Jiménez: clara, precisa, sencillamente elocuente.

Junto a lo dicho hasta ahora hay que anotar algunas observaciones más—reparos—a otros aspectos de esta obra. Por lo pronto algo que se refiere al mismo título, y es que nos parece que el autor, una vez afirmada la existencia de una generación de 1868, debería haber reunidos datos y haberlos utilizado para probar la existencia de esa generación (a este propósito es clásico el trabajo de Julius Petersen tantas veces recordado en otros estudios que se ocupan del problema de las generaciones), cosa que no hace. Y en relación precisamente con esto el Capítulo I—que trata de presentar la visión *general* de la época nos parece parcial y poco probatorio en los datos que reúne (por ejemplo, en la página 24 encontramos una lista de nombres que corresponde a personalidades largamente distanciadas, en algunos casos, no solo ideológica o estéticamente, sino

incluso cronológicamente: Castelar, Cánovas, Giner, Salmerón, Canalejas, Montero Ríos, Echegaray, Riaño, Fernández Jiménez, Azcárate, González de Linares, Costa, Castro, Machado, Moret, Gamazo, Alonso Martínez, Pedregal, Labra, Federico Rubio, Moreno Nieto, Uña, Jiménez de la Espada, Pi y Margall, Manuel y Francisco Silvela, Valera, Balaguer, Núñez de Arce, Pereda, Bécquer, Alarcón, Verdaguer, Pérez Galdós, (no creemos en la existencia de una cohesión *generacional* entre todos estos nombres).

El Capítulo II, dedicado a presentar el panorama de la evolución de toda la novela española, peca, precisamente por la excesiva amplitud del campo que quiere abarcar, de superficial y precipitado, aparte de algún error concreto como cuando llama «Infante» al autor de *El libro del Conde Lucanor* (pág. 26, repetido en pág. 169), o cuando da, sin más, *La lía fingida* como obra de Cervantes (pág. 34).

Echamos de menos en el libro de Alberto Jiménez la justificación de citas que realiza. Naturalmente que esto debe de responder a un criterio personal y, por tanto, respetable, pero que nos parece equivocado en obra del carácter de la que estamos reseñando.

Por último queremos señalar una preocupación por afiliar a Valera dentro de una tendencia librepensadora entrañada en la Institución Libre de Enseñanza, preocupación evidente en muchas páginas del libro y que lo divide en dos partes, una orientada hacia lo político y otra—la mejor—que es la puramente literaria y que no llega a fusionarse armónicamente con la anterior.

JOSÉ MONTERO PADILLA

GAMALLO FIERROS, DIONISIO.— **Hacia una bibliografía cronológica en torno a la letra y el espíritu de «Azorín».**—Dirección General de Archivos y Bibliotecas. 1956. 72 págs.

No es necesario subrayar el valor de los trabajos de carácter bibliográfico; todo estudioso sabe de la inmensa utilidad de ellos al facilitar esa previa e indispensable tarea—en un trabajo histórico-literario por ejemplo—de conocer lo ya escrito sobre el tema que nos atrae. Por ello merecen tanto elogio las publicaciones—como la que ahora reseñamos—que se proponen reunir y sistematizar el material bibliográfico existente sobre una figura o un tema literario determinados. En esta ocasión Dionisio Gamallo Fierros nos presenta—bajo el modesto, tímido título de «Hacia una bibliografía... de «Azorín»—la más completa bibliografía recogida hasta la fecha en torno al autor de «La ruta de Don Quijote».

Merece elogio en este repertorio bibliográfico no sólo el abundantísimo número de fichas reunidas—más de quinientas—sino también la ordenación hecha de ellas y que supone una novedad metodológica, concretamente una ordenación no alfabética—por los autores de los trabajos—sino cronológica. A este propósito escribe, acertadamente, Gamallo: «Desde siempre hemos entendido que siguiendo la reveladora línea de la prioridad cronológica, se capta muy bien la intensificación o el descenso de curiosidad en torno a un escritor, y todo parece eslabonado y lógico, y suscita valoraciones inspiradas en la equidad, al percibirse que algunas fichas que creíamos muy originales e inauguradoras, son rebotadas, ecos de otras precedentes, variaciones sobre un eje substancial y previo, y que otras que parecían ir a remolque, son fundacionales y matrices, fértiles en descendencia y reflejos ulteriores» (pág. 6). Junto con esto hay que destacar también, el acierto de recoger con la mayor amplitud posible lo periodístico, lo aparecido en la prensa diaria (cualquier tema de nuestro tiempo tiene una abundante, preciosa fuente de indispensable consulta en las páginas de los diarios, diríamos más: no se puede prescindir de ellos al realizar un estudio correspondiente al momento actual, o incluso a épocas más alejadas—recuérdese el minucioso trabajo de documentación llevado a cabo por el propio «Azorín», para su libro «Rivas y Larra», en los periódicos de la hora romántica—). Claro que las páginas volanderas, fugitivas de los diarios, se escapan, desaparecen fácilmente con el pasar del tiempo, y, por ello, se hace a veces casi imposible llegar a lo exhaustivo en cuanto a tener noticia de lo que en ellas apareció. Todavía conviene señalar, con elogio, la abundancia de notas críticas o aclaratorias que acompañan a los trabajos citados y que en muchos casos facilita información amplia y precisa antes de la consulta directa.

Dionisio Gamallo anuncia, en la *Nota preliminar*, una próxima y ampliada segunda edición de esta *Bibliografía* que ahora reseñamos, así como varias publicaciones más, de análogo carácter a ésta, sobre otras figuras de la llamada «Generación del 98». El valor, la utilidad y la magnífica realización de este trabajo nos hace desear la próxima aparición de los demás a que hace referencia. Para entonces se podrían añadir dos índices: uno, alfabético, de autores citados, y otro—de más difícil elaboración pero que sería utilísimo—de materias.

JOSÉ MONTERO PADILLA

SANCHEZ REYES, ENRIQUE.—**Don Marcelino. (Biografía del último de nuestros humanistas).**—Premio Nacional del Centenario de Menéndez Pelayo. Santander, 1956. Un vol. de 406 págs., con ilustraciones.

1956 ha sido año recordatorio para Menéndez Pelayo al cumplirse los cien de su nacimiento. Muchas palabras se pronunciaron y escribieron entonces acerca de figura tan egregia; acaso demasiadas palabras o, digámoslo mejor, demasiado huecas y de circunstancias, cuando no partidistas y hasta sectarias. Nada agrada al interesado—serio y sólido intelectual—semejante bambolla. (Ocurre a veces que un centenario se convierte, mediando el torpe celo de algunos fervorosos celebrantes, en peligrosa prueba del fuego para el celebrado).

Por ventura no todo resultó así pues aún quedan entre nosotros menéndez-pelayistas de verdad, y personas y entidades bien dispuestas; entre esos concienzudos varones ocupa puesto de excepción Enrique Sánchez Reyes, quien desde el verano de 1931 dirige en Santander la biblioteca de Menéndez Pelayo.

Laborioso y modesto, durante esa ya larga veintena como director, Sánchez Reyes ha venido dando muestras de su pasión por don Marcelino; así lo prueba el Boletín de la Biblioteca, o su cuidado de la edición nacional de Obras Completas, o sus varias y utilísimas publicaciones al respecto.

Esta ejemplar entrega, que no ha sabido de desmayos ni titubeos, le habilita para brindarnos en su momento un libro capital y documentadísimo. No existía volumen, folleto o periódico con datos de algún posible interés que escapara a su diligencia; a este acervo, cuya formación exige sagacidad y paciencia en grado no común, vino a unirse cuanto brindan los miles de cartas dirigidas a Menéndez Pelayo y por éste conservadas, cualquiera fuesen su asunto, importancia y remitente. Añádase el testimonio oral de parientes, amigos y conocidos de don Marcelino a los que Sánchez Reyes trató y utilizó.

Con motivo de la convocatoria de un certamen destinado a premiar una biografía crítica y documental de Menéndez Pelayo se produjo la ocasión propicia para que ese ingente acopio plasmara en un libro. Escrito éste y galardonado, acaba de salir a los escaparates de las librerías y anda ya en manos de cuantos lectores se interesan por el tema.

Esta biografía compuesta por Sánchez Reyes no es la primera de Menéndez Pelayo en el orden cronológico, aunque sí lo sea en el de la importancia y exhaustividad. Varios autores le han precedido en el intento—destacan los nombres de Bonilla y Artigas—, pero si esas aportaciones resultan ciertamente útiles, dejan blancos o tratan insuficientemente acaecimientos que por referirse a quien se refieren importa mucho conocer con pormenor. Tan legítimo deseo lo satisface cumplidamente Sánchez Reyes.

Desde noviembre de 1856 hasta mayo de 1912—nacimiento y fallecimiento del biografiado—se sigue paso a paso, a veces diríamos que día tras día, su existencia. Asistimos como espectadores de primerísima fila a su crecimiento intelectual, a su fecunda madurez; contemplamos de cerca su gloriosa y desmedida vocación por el estudio; le advertimos alegre con sus éxitos, tantos y tan limpiamente obtenidos, y molesto por las intrigas y las mezquindades. Viajes y libros; amigos y familiares; las Academias y la cátedra; su biblioteca y la Biblioteca Nacional, etc., etc.; de todo ello encontramos en el sitio preciso la noticia ilustradora. También: de sus amores y versos amorosos, de su esporádica y peculiarísima actividad política como diputado del partido conservador.

De tan vasto cúmulo deseo subrayar dos hechos, cada uno de ellos con su oportuna moraleja. El primero data de 1876: es la feliz idea de subvencionar al jovencísimo paisano y doctor en Letras para que amplíe estudios y realice investigaciones en el extranjero; a tal fin el Ayuntamiento de Santander vota tres mil pesetas y la Diputación de la provincia le concede cuatro mil. De bien distinto signo es el segundo suceso, que la intransigencia política determina y conforma: a principios de 1881 se constituye el grupo de la «Unión Católica» y a él se adhiere en seguida Menéndez Pelayo; los carlistas que hacen «El Siglo Futuro» romperán, indignados, lanzas contra el que había sido hasta entonces su ilustre colaborador, al que en adelante prodigan lamentables e injustísimos dictérios. (Importa recordarlo a quienes sólo saben hablar de la conspiración del silencio y de lo que Ortega y los noventayochistas dijeron o callaron).

Sánchez Reyes cuenta con sencilla y grata prosa la existencia de Menéndez Pelayo; pasión y conocimiento se dan la mano equilibradamente, armónicamente en los capítulos de su libro. Al fondo, en primer término a veces, la vida intelectual española de la época, tan ligada a don Marcelino, que fué como su núcleo medular. Libro serio y digno; en suma: cabal homenaje que un menéndezpelayista de verdad rinde al maestro de todos.

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO

ANTONIO GARCÍA OLIVEROS. — **La Imprenta en Oviedo.**—Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo, 1956.

Entre las personas que de un modo modesto y callado, pero enormemente eficiente, trabajan por un mejor conocimiento de nuestra región, destaca el culto médico don Antonio García Oliveros. Sus obras, inclinadas unas a la pura creación literaria, por las que campean las aquilatadas sales del humor asturia-

no, y otras imbuidas de seriedad erudita, con el máximo rigor científico de la moderna investigación, han situado su nombre en ese lindero imperceptible en que se funden, para deleite de los lectores, el entusiasmo desinteresado del aficionado con la cautela y el «oficio» del profesional de las letras. De ahí que el doctor Oliveros se nos ofrezca hoy como uno de esos escritores que escriben únicamente lo que les gusta escribir. Y como su dominio del material expresivo es completo, y, por otra parte, su gusto, depurado por un largo y frecuente trato con la buena literatura, es de la mejor calidad, sus escritos, cualquiera que sea el tema tratado, tienen dos cosas que los adjetivan artísticamente: garbo y amenidad.

La última obra del doctor Oliveros pertenece a esa clase de estudios que el lector apresurada y peyorativamente califica, con manifiesta injusticia, de áridos. Se titula LA IMPRENTA EN OVIEDO (Notas para su estudio), y ha sido publicado por el Instituto de Estudios Asturianos. En realidad el título disminuye sensiblemente el contenido del libro, sobre todo en lo que se refiere a la primera parte, en la que precisamente, por ser más escueto el material erudito empleado, —o lo que es igual: existente— las dotes críticas del escritor campean con mayor libertad. Abarca esta parte el período comprendido entre mediados del siglo XVI, en que aparece por primera vez en Oviedo una imprenta, hasta comienzos del siglo XVIII, en que la industria impresora se convierte en negocio particular. En ella el trabajo del señor Oliveros sobrepasa el propósito de ser un mero centón nominal de talleres e impresores. Los análisis del material documental usado, y los comentarios y apostillas que lo sazonan, siempre chispeantes y certeros, le confieren rasgos peculiares de historia de la cultura. De todas formas, cualquiera que sea el aspecto bajo el cual consideremos este libro, LA IMPRENTA EN OVIEDO es, hasta ahora, uno de los más sólidos esfuerzos realizados en pos de la historiografía cultural ovetense.

Comienza el señor Oliveros buceando las más remotas noticias que existen sobre impresiones fechadas en Oviedo, registradas en catálogos bibliográficos —alguna se remonta a 1493— para ir desechándolas por falta evidente de verosimilitud. La fecha inicial, totalmente conocida, del moderno arte de imprimir en nuestra ciudad, es la de 1556, en la que el impresor ambulante Agustín de Paz publica un Breviario de la Iglesia Ovetense, y unas «Constituciones Synodales del Obispado de Oviedo». Sobre este impresor, que iba de ciudad en ciudad buscando trabajo, nos ofrece el historiador una breve biografía, cuyo interés rebasa los límites regionales para caer de lleno en la historia bibliográfica española.

La imprenta, de modo permanente, se establece en Oviedo en 1680, fecha en la que el Gobernador del Principado, don Jerónimo de Altamirano, contrata los servicios de don Francisco Plaza, natural de Valladolid, como impresor, «capitulándole que se le habían de pagar setenta y cinco ducados cada año en dos pagas por mitad—San Juan y Navidad—, lo cual era en concepto de salario pa-



ra ayude de su manutención y para que permaneciera en la ciudad, debiendo satisfacersele separadamente las impresiones que hiciese». También se le proporcionaba gratuitamente casa-habitación y local para el servicio de la imprenta. Ésta, regida por los sucesores de Francisco Plaza, continuó, con carácter de establecimiento oficial hasta la guerra de la Independencia.

Al historiar los momentos iniciales de Francisco Plaza, el señor Oliveros nos cuenta el pleito, y las incidencias de él derivadas, entre el citado Gobernador Altamirano y el entonces Obispo de la Diócesis don Alonso Antonio de San Martín, hijo natural de Felipe IV, con motivo de la apertura de la llamada calle nueva, conocida hoy, precisamente, con el nombre de Altamirano. Es éste uno de los pasajes más sabrosos del libro por la galanura con que está narrado y por cierto regusto de modernidad que su lectura suscita. El historiador lo sazona adecuadamente, de igual modo que adecuadamente apostilla los incidentes económicos habidos entre el impresor y la administración del Principado.

A partir de la guerra de la Independencia, por proliferar las imprentas en nuestra ciudad, el trabajo del señor Oliveros se ciñe más a su asunto, privándonos, por ello, de sus atinados comentarios. El libro se hace más riguroso con su propósito, pero, en cambio, pierde amenidad. El historiador registra minuciosamente cuantas imprentas tuvieron vida, más o menos efímera, en nuestra ciudad, las incidencias de su desarrollo, el nombre de los propietarios, y, cuando es posible, el de los artesanos que en ellas trabajaron, o aún trabajan, dándonos, al mismo tiempo, referencias de sus actividades bibliográficas. De esta forma LA IMPRENTA EN OVIEDO se convierte en una fuente inapreciable de consulta, y, a través de las citadas referencias bibliográficas, en catálogo exhaustivo de todas las publicaciones periódicas editadas en Oviedo, con la nómina de sus fundadores y primeros colaboradores.

El libro, aparte del enorme valor cultural que encierra, es modelo de trabajo erudito por la claridad con que está escrito, la honradez en el empleo del dato documental, y su continuo rehuir hipótesis imposibles de contrastar con pruebas fehacientes.

J. VILLA PASTUR

SANTIAGO MONTERO DÍAZ.—**Cervantes, compañero eterno.** — Editorial Aramo. Madrid, 1957.

No es frecuente en nuestro panorama literario el hallazgo de libros cuya lectura aporte al caudal de nuestros conocimientos el tributo de nuevas ideas. Por eso de vez en cuando el trato con determinada obra nos obliga a fruncir el ceño con sorpresa, acuciando nuestra atención hacia determinados pensamientos. Es como si de pronto una inusitada ventana volcase raudales de luz en nuestro interior. El espíritu se esponja. Vemos, aún mejor, sentimos que nuestra circunstancia se ensancha, que en ella aparecen de improviso nuevos caminos, nuevas sugerencias. Y nos sentimos más afortunados. Por eso a esos libros los signamos con la rúbrica de la gratitud. Son libros que, al obligarnos a pensar en las cosas extrañas, nos obligan a pensar en nosotros mismos. Meditar en lo ajeno es siempre un modo radical de aut meditación.

Santiago Montero Díaz, catedrático de Historia Antigua Universal, de la Facultad de Filosofía y Letras, de Madrid, acaba de publicar un libro de esta clase. Se titula CERVANTES, COMPAÑERO ETERNO, y es una larga y apasionada meditación en torno al mundo creado, y vivido con entusiasmo y amor, por Miguel de Cervantes hace más de trescientos años. Un mundo repleto de latidos humanos, y de personajes de carne y hueso. Por eso la meditación que nos ofrece Montero Díaz engarzada a ese mundo, es, por encima de sus rigurosos alardes eruditos, una entrañada y agónica caracterización del indigente ser humano que, ahora, igual que en los tiempos de Cervantes, sueña con todos los posibles escapismos ante una realidad que le ofende.

El libro se halla formado con varios ensayos: «Cervantes en Turguénief y Dostoyewsky», «La idea de la muerte en la obra de Cervantes», «Don Quijote y San Ignacio de Loyola», «Quijotismo y Palomequismo», «Maravilloso silencio», y «Empleo cervantino de la palabra valor en sentido axiológico», imbuídos todos del mismo propósito admirativo y de idéntico rigor científico. Los dos últimos no pasan de ser breves notas, sagaces y certeras, relativas a peculiaridades léxicas. De ahí que nuestra atención se ciña a los cuatro primeros.

«Cervantes en Turguénief y Dostoyewsky» representa una magnífica excursión a través de la literatura rusa, desde que llegaron a ella las primeras resonancias de la obra cervantina. El estudio resulta mucho más extenso de lo que el título hace presumir, y, desde luego, mucho más profundo y esclarecedor. En él Montero irradia su curiosidad erudita a otros escritores rusos, demostrando un aquilatado conocimiento de las letras de ese país, y de las vicisitudes ideológicas que condicionaron su desarrollo. Turguénief y Dostoyewsky representan sus avanzadas extremas. En el primero está la persuasión de Europa, mientras que el otro, introvertido, revive angustiado el drama interior, espiritual, de su

pueblo, encadenándose voluntariamente a su destino. Y cada uno de ellos busca en Don Quijote el espejo de sus propios pensamientos. Por eso en Turguenief aparece más sujeto a normas, más domesticado su ideal, más lleno de elementos lógicos y de postulados de civilización, a la par que el autor de «Los Hermanos Karamazov» descubre en él —en el andante caballero—, en su oscuro y profundo rumor, un sentido metahistórico, una especie de suma histórica y trágica a la vez de los destinos humanos. Las sugerencias de Montero en estos pasajes, plétoricos de originales atisbos culturales, rebasan con mucho los angostos márgenes de esta reseña.

«La idea de la muerte en la obra de Cervantes» es el segundo ensayo del libro. Aquí la sagacidad del investigador se ahila aún más. La muerte no es un tema capital en la obra cervantina. «No es Cervantes —nos dice al iniciar el estudio— un escritor para quien el acto de morir ocupe el centro de la atención literaria y de la creación poética. Más bien se nos presenta vuelto hacia la vida». Y un poco después resume: «Nada que signifique «existencia» está excluido de aquel cosmos literario, en que todo lo humano tiene su asiento». La muerte, por lo tanto, aparece en la obra de Cervantes como el último acto de la vida humana, y en estrecha relación con su total proceso. Montero pesquiza en esta parte el modo de abandonar la vida diversos personajes cervantinos, para llegar a la conclusión final de que el gran escritor se encara en su obra con la muerte de tres maneras distintas, adherida una a los principios de la teología medieval, por la que aparecen de cuando en cuando ásperas resonancias de tradición popular: otra sujeta a los nuevos modos de la contrarreforma; y, por último, otra, la más original, que predice y anticipa el más arrebatado romanticismo del siglo XIX. Se presenta ésta en el suicidio de Crisóstomo. Las postreras palabras del pastor —«La Canción desesperada»— constituyen para Montero «la obra maestra de la poesía cervantina», y también, «uno de los mejores poemas de todo el idioma castellano», «pocas veces —nos dice— la pasión sin forma ni límite ha encontrado una expresión más enérgica, más arrolladora».

Los otros dos ensayos: «Don Quijote y San Ignacio de Loyola», y «Quijotismo y Palomequismo», tienen un nexo común que les da unidad. Acaso ambos constituyan las aportaciones más decisivas de Montero a la comprensión cervantina. Por ellos cruzan ráfagas de novedad. El título del primero alude a estudios anteriores bien conocidos de todos los comentaristas, entre los que se destaca con alturas gigantescas el de Unamuno. Pero Montero no coincide con ellos nada más que en la enunciación del tema. Luego sigue otros caminos, hasta ahora poco transitados, cuya topografía nos describe con exactitud de geógrafo. En la confluencia vital de esos personajes —uno ficticio y otro real— busca los principios de una caracteriología valedera para los símbolos humanos que ambos representan. Y lo consigue con toda brillantez. Por eso después de leer el ensayo de Mon-

tero conocemos un poco mejor el impulso ideal que nutrió las andanzas de los caballeros.

Idéntica finalidad ideológica rige el otro ensayo: «Quijotismo y Palomequismo». El estudio se inaugura con la búsqueda del antiqijote. ¿Existe ese personaje en la obra de Cervantes? ¿Acaso Sancho, los Duques, el bachiller Carrasco? No. Ninguno encarna plenamente el reverso del inmortal caballero. ¿Dónde, entonces, poder encontrarlo? Poco a poco Montero nos va introduciendo en un agudo análisis de tipología humana. A cada presunto hallazgo se opone la exclusión. Pero un personaje se va centrando a medida que avanza la indagatoria: Palomeque, el zurdo. Algunos rasgos parecen definirlo como el antiqijote. Su primer encuentro con el caballero coadyuva a ello. Pero aquí, precisamente, el bisturí del investigador se hace más incisivo, más ansioso de profundas intenciones. Tampoco Palomeque representa el antiqijote. Le faltan muchas cosas para ello. Y le sobran otras. Pero hay en él algo que le singulariza, que le confiere categoría representativa, aunque ésta sea negativa, y lo eleva a prototipo de una actitud vital, por desgracia muy extendida. Palomeque representa al hombre que doblega sus ideales a intereses bajos y mezquinos, el hombre que es capaz de vivir conscientemente sin «autenticidad». De ahí que la carga peyorativa del «Palomequismo» signifique exactamente «antiqijotismo», es decir: defraudación voluntaria de la dignidad humana.

Y con esto dejamos el libro. No hace falta más. Con él fallan, por insuficientes, los adjetivos laudatorios. Es un libro que enseña y que hace pensar. Y una aportación capital a la bibliografía cervantina.

J. VILLA PASTUR

DAMASO ALONSO.—**Antología**.—Colección 21. Escelicer, Madrid. 1956. (Vol. 8 Antología de Creación. Vol. 9 Antología Crítica).

La Editorial madrileña Escelicer ha incluido en sus publicaciones una amplia y compresiva antología de la obra crítica y creacional de Dámaso Alonso. Con ello rinde el tributo merecido a uno de los hombres más destacados actualmente en nuestro mundo cultural. Dámaso Alonso es hoy la figura señera de los estudios sobre la literatura española, con un haber repleto de obras decisivas, habiendo desvelado a la atención de los estudiosos dilatadas zonas poco conocidas, o aun inexploradas, de nuestro glorioso pasado. Recordemos, en prueba de ello, los estudios sobre Góngora y sobre la Nota Emilianense.

Su fama y su crédito hace ya mucho tiempo que rebasaron los límites nacionales. Es, acaso, el representante más característico en la actualidad de una tradición aún próxima, que, enraizada en el asombroso saber de Menéndez Pelayo, dió a nuestra investigación literaria nombres tan representativos como los de Menéndez Pidal, Asín Palacios, Américo Castro, Federico de Onís, Angel del Río, Amado Alonso, Montesinos, Lapesa, García Gómez, Montero Díaz, Alarcos Llorach, etc. Pero en Dámaso Alonso se da también otra faceta de gran valor, como veremos más adelante: su quehacer poético.

Esta antología se halla repartida en dos volúmenes—números 8 y 9 de la Colección 21—. El primero recoge amplias muestras de su labor como poeta, el segundo, se dedica a sus trabajos de crítico e historiador. Los textos han sido seleccionados, con indudable acierto, por Vicente Gaos, que añade, a cada volumen, un prólogo y las notas necesarias para el mejor entendimiento de la obra recogida. Labor ésta, justa y ponderada, que puede servir como ejemplo a seguir en menesteres de tal índole, ya que en ella se aúna, sin beaterías inoportunas, el amor y la veneración al maestro, y un profundo y acabado conocimiento de su obra. A través de las páginas de Vicente Gaos, la figura científica y humana de Dámaso Alonso se dibuja en su perfil exacto.

El tomo dedicado a la crítica resume ampliamente casi toda su labor en ese sentido. Nos encontramos en él con algunos trozos, orgánicamente ensamblados, de trabajos extensos; con estudios breves, dedicados a alguna peculiaridad de nuestra literatura, como el titulado «Escila y Caribdis de la literatura española», uno de los atisbos más originales, más apretados de ideas germinales, y más persuasivos de la crítica española de todas las épocas, o el dedicado a Bécquer, decisivo para el verdadero conocimiento del poeta sevillano y de las influencias que sobre su poesía gravitaron; y con trabajos dispersos por revistas de difícil acceso, que se recogen ahora por primera vez en libro. Son estos últimos los titulados: «El crepúsculo de Erasmo» y «Tirant Lo Blanc», novela moderna». Por otra parte, Dámaso Alonso ha hecho para esta antología un breve resumen de su libro «La primitiva épica francesa a la luz de una Nota Emilianense», y una refundición, ampliada y puesta al día, de un artículo publicado en ABC, «Un siglo más para la poesía española», donde se nos ofrece, con sencillez y claridad, el estado actual de todos los problemas relacionados con las jarchas. Tampoco podía faltar en este volumen muestra de una de las aportaciones más definitivas de Dámaso Alonso a la ciencia de la literatura. Para ello, Vicente Gaos, haciéndolo preceder de una nota aclaratoria, ha incluido lo esencial de su doctrina estilística. Con los trabajos reseñados, los titulados «Estilo y creación en el Poema del Cid», «La poesía de San Juan de la Cruz. El estilo: hallazgo». «Claridad y belleza de las Soledades, «Medrano y Fray Luis» y «Una generación poética (1920-1936)», dan idea de la importancia que tiene este volumen y de su valor

docente para cuantos deseen tomar contacto con la historia, la problemática y la riqueza de nuestra literatura.

El tomo dedicado a la creación tiene un interés más singularizado. Dámaso Alonso es uno de nuestros poetas más esquivos a la clasificación. ¿Pertenece a la generación del 27, o, por lo contrario, es preciso encasillarlo con los del 44? Su primer libro, «Poemas puros, poemillas de la ciudad», se publica en 1921. Es, por lo tanto, cronológicamente, uno de los primeros libros publicados por la generación del 27. Incluso en él descubrimos persuasiones juanramonianas, aunque en Dámaso Alonso, en esa época, sean más profundas y persistentes las de Antonio Machado, y, en algunos momentos, asome, también, el recuerdo de la musa juguetona de Valle Inclán. Pero el poeta enmudece, mientras los otros poetas componentes de esa generación ensayan los caminos de originalidad que tanta gloria habían de dar a nuestra poesía. Durante años y años Dámaso Alonso deja de ser, aparentemente, poeta para convertirse en apologista. A él debemos los juicios más esclarecedores en torno a esa generación; las ideas y las normas que nos sirvieron para comprenderla, y para valorarla en su justo mérito.

En el año 44 —precisamente en el año 44— Dámaso Alonso, después de veinte años de silencio, lanza dos nuevos libros de poesía, «Oscura noticia» e «Hijos de la ira». En el primero de ellos adivinamos poemas escritos varios años antes, y los gérmenes de una voz nueva que estallará impetuosa en «Hijos de la ira», abriendo los surcos iniciales al afán de una juventud que luchaba desesperada por encontrar su sitio. La poesía se estaba, entonces, en un cómodo «manierismo» clasicista pobre y vacío de contenido humano. La generación trunca por la guerra ensayaba sendas de escapismo, disfrazando con artificios verbales los desgarrones del pensamiento. Era la época de los «garcilasismos». Y de pronto «Hijos de la ira» clavó sobre la preocupación poética, sobre sus fundadas esperanzas, el anuncio luminoso de una nueva libertad. Ya los poetas auténticos tenían un modelo, y la angustia, la desesperación y el dolor de ser hombres, podía vocearse a los cuatro vientos. Otro libro— «Sombra del paraíso», de Alexandre, publicado, también, en el 44, coadyuvaba a la empresa. Por eso en 1944 empieza una nueva época de la poesía española. La época, hoy cuajada de Celaya, Cremet, Nora, Bousoño, Hierro, Gaos, Otero, etc., a la cabeza de la cual es imprescindible colocar el nombre de Dámaso Alonso, como el puente que une lo mejor de la generación del 27 con lo mejor de la del 44, dando así continuidad al desarrollo de nuestra poesía contemporánea.

En la antología se recogen expresivas muestras de los cuatro libros de poesía publicados hasta ahora por Dámaso Alonso, algunos poemas primerizos dispersos por revistas, y un adelanto de su próximo libro «Gozos de la vista». Ello, por sí, ya sería suficiente para hacer la colección grata e interesante. Algunos de los libros que la nutren son hoy difícilmente accesibles. Pero aún hay más: Vicente Gaos ha tenido el acierto de incluir un Auto radiofónico de la Pasión. «Aquel

día en Jerusalén», hasta ahora inédito, de gran belleza literaria, ágil y expresivo lleno de sabor tradicional y transido de modernidad en las figuras del patricio romano Quinto Claudio, y de su liberto español Ambato. De ahí que se deba juzgar la publicación de esta antología, incluidos los dos volúmenes, como de verdadero acontecimiento literario.

J. VILLA PASTUR

FRANCISCO JORDÁ.—**Las Murias de Beloño. Cenero (Gijón).**—(Oviedo, 1957. Artes Gráficas Grossi, Un volumen de 67 páginas, láminas y grabados).

Con el título anterior, el Dr. D. Francisco Jordá Cerdá ha publicado un excelente estudio de los restos romanos hallados en el término de «Les Muries», perteneciente al lugar de Beloño, parroquia de Cenero, Gijón, puestos al descubierto en la excavación llevada a cabo por el propio autor, como Jefe del Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Diputación Provincial de Oviedo.

Después de unas consideraciones generales y de la descripción del lugar del hallazgo de los vestigios romanos expresados, el Sr. Jordá se ocupa detalladamente de los restos y plantas de las edificaciones de «Les Muries», llegando a la conclusión de que pertenecieron a una «villa» romana, compuesta de un edificio destinado a morada de sus dueños, «villa dominica», otro para la servidumbre, «villa rústica» y uno tercero dedicado a los baños de la finca, «balnea», decorado con estuco pintado; aparte de alguna otra dependencia secundaria.

A continuación de las edificaciones, el autor estudia los objetos hallados, escasos en general, pero valiosos para el conocimiento cronológico y cultural de la «villa»: una moneda del emperador Claudio; restos de «terra sigilata» y otros de cerámica basta indígena; restos de un enterramiento y algunos objetos de hierro.

El señor Jordá opina que la villa fué fundada hacia el siglo II y continuó habitada hasta el siglo IV, en el que parece que fué abandonada pacíficamente pues aparte de no encontrarse señales de incendio, se echan de menos muchos objetos domésticos que deberían haber quedado soterrados si el abandono de la «villa» hubiese sido violento.

Uno de los extremos que a nuestro parecer ofrece mayor interés en el estudio del Sr. Jordá, es el de que las viviendas de la «villa» de Beloño pertenecían al llamado tipo nórdico, propio de los países lluviosos, en las que, en vez de un patio central como el de las «villas» romanas de tipo mediterráneo, exis-

tía en su frente una galería abiertá, que el autor considera como precedente de la casa tradicional asturiana, dotada de un amplio portal.

La obra, acompañada de expresivos gráficos de las edificaciones y una colección de fotgrabados con vistas que comienzan antes de la excavación y concluyen una vez puestos al descubierto los vestigios, está excelentemente editada, con lo que se acredita tanto la corporación sostenedora del servicio, así como éste y el establecimiento tipográfico. De su aparición, tienen que congratularse los lectores de esta Revista y los estudiosos e investigadores de la romanización peninsular, porque, si bien contábamos con algunos estudios parciales de restos romanos en la región asturiana, hasta el presente no se disponía de uno tan completo de un establecimiento rural como el aparecido en «Les Muries» de Beloño, merced al cual es posible formarse un concepto bastante aproximado a lo que debieron ser las explotaciones agrícolas de Asturias en dicha época.

JOSE MANUEL GONZALEZ

PEDRO SONDEREGUER. — **Límites y contenido de la Metafísica.**— Buenos Aires, Editorial Americalee, Buenos Aires, 209 págs.

Esta obra, como el propio autor lo manifiesta en el prólogo, es la explicitación de su libro anterior *Realidad inteligible y realidad pura*. Consta el presente de una introducción y de tres partes. Trata la introducción de las *Definiciones y principios*. La primera parte se titula *Materia y tiempo*; la segunda *Vida y funcionalización*; la tercera *Tiempo y esencia*. Como se ve, los temas son netamente filosóficos. El desarrollo de los mismos es sistemático, y revela una mentalidad bien disciplinada. El contenido denuncia un pensador profundamente transido de inquietudes: un pensador que ha reflexionado mucho, puesto que, de inmediato, ninguna escuela le ha proporcionado los materiales para su obra. Hasta los tecnicismos hubieron de ser acuñados en varias ocasiones (*aleitidad, entenzón*, etc.)

El autor expone su concepción del Universo partiendo del supuesto de que la realidad se manifiesta solamente en dos planos: el del Cosmos (el mundo) y el del Antropocosmos (el hombre). Ha prescindido, porque niega su existencia, del ser trascendente, el otro pilar en que han venido sustentandose todos los sistemas filosóficos, salvo los materialistas. Pero, supuesto el innegable temperamento filosófico del Sr. Sonderéguer, cabe fundadamente esperar la obra en que entre Dios en el contenido y límites de la Metafísica, sin el cual la palabra nos parece una extrapolación.

F. E.



PALAU DE NEMES, GRACIELA.—**Vida y obra de Juan Ramón Jiménez.**—  
Biblioteca Románica Hispánica. Editorial Gredos. Madrid, 1957, 417 págs.

Ha coincidido la publicación de esta primera biografía de Juan Ramón Jiménez con la persistente actualidad de su nombre en periódicos y revistas, desde que dos hechos, trascendidos a noticia periodística, hicieron del mes de octubre de 1956 una fecha definitiva en la vida del poeta: la concesión del Premio Nobel y el fallecimiento de su esposa y colaboradora. Esta edición madrileña es el último y más extenso estado de una obra que tuvo su primera forma, cinco años atrás, como tesis doctoral presentada en la Universidad de Maryland.

Por primera vez se publica un estudio biográfico sobre J. R. J., a pesar de que su nombre y su obra hayan estado vigentes en nuestras letras por cerca de sesenta años. Este olvido puede ponerse como muestra de las peculiaridades, bastante extrañas, que en la elección de temas ofrece la labor de los estudiosos de nuestra literatura. Cualquiera que sea la valoración que el gusto personal conceda a la obra de Juan Ramón, nadie de quien estudie la poesía española de nuestra época puede dejar de ver la riqueza que su constancia y continuidad ofrecen. Pero de cuantos trabajos anteriores se han dedicado a diversos aspectos de su obra, apenas si uno, de no gran relevancia, por su brevedad, ha sido publicado en España (el ensayo de Juan Chabás en su «Vuelo y Altura», no mencionado, por cierto, en la copiosa bibliografía recogida por la señora Palau). El resto ha aparecido en el extranjero, en Norteamérica especialmente. ¿Habrá que buscar las causas de este despegue de nuestra crítica en razones extraliterarias, reflejo del apartamiento social del poeta, su hermetismo antisocial y desdeñoso, su alejamiento egoísta de todo cuanto no redundara en enriquecimiento inmediato de su obra, «la Obra?» Este aislamiento constituye la última imagen que de él puede ser recordada en España, pues se exacerbó como nunca en la etapa de veinte años en que J. R. J. vivió en Madrid, época de la anedóctica búsqueda de viviendas silenciosas y de las intemperancias de carácter. Pero después de buscar en vano un estudio general e importante que nos aclare y sistematice la obra de otros escritores capitales nuestros, Azorín o Baroja, por citar al azar, convendremos en que no bastan aquellas razones para explicar este olvido.

La doble dirección del estudio de la señora Palau está expresada en el título: «Vida y obra». Claro que es imposible reconstruir la vida de un escritor, y más difícil aún la de un lírico, sin acudir al dato biográfico que representa su obra. Pero en el libro pesa más el lado de la biografía que el del estudio estilístico. Observaciones sobre antecedentes, sobre las influencias en generaciones posteriores, capítulos sobre el sentido del amor o de la pureza de la poesía en la pro-

ducción de Juan Ramón, el tono general de cada libro, hasta el intento de desentrañar el misticismo final de su obra, abundan en el libro. Pero más bien como complemento indispensable al proceso de la vida del poeta. Estudio desde dentro de un poeta vivo, la señora Palau no intenta un examen más hondo de su obra, que hubiera dado al libro una dimensión desmesurada, con necesidad de otro u otros volúmenes. Tal como es, tiene un interés de autenticidad que difícilmente podrá ser superado por otros trabajos posteriores. La autora ha dispuesto, no sólo del material único que se conserva en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, de la Universidad de Puerto Rico, formada por parte de la biblioteca de los esposos, sino lo que es más preciso y ya, por desgracia, imposible de repetir, el trato directo y la conversación del poeta y su mujer. Sin embargo de ello, la autora está siempre presente, no como portavoz oficioso, sino que, con una dulzura y comprensión sutilmente femeninas, va exponiendo y explicando las sinceras y, a veces, difíciles reacciones del poeta, sus célebres polémicas y las que, superficialmente consideradas, pueden parecer rarezas de su carácter.

Resulta así una obra equilibrada y justa, mantenida desde dentro por la raíz del espíritu del biografiado. Subrayo la característica de biografía desde dentro, porque esta profundidad da las razones de muchas anécdotas sueltas que han venido a tejer la biografía legendaria de J. R. J. Cualquiera que haya estado un poco al tanto de la vida literaria española de los últimos tiempos, podrá comprobar, al leer el libro, la cantidad de anécdotas o historias, ciertas o aproximadas, que han circulado hasta formar la semblanza, ligeramente caricatural y exagerada, de Juan Ramón. Pero al recordarlas, las encontrará ensambladas y aun formando una como corteza, verá que no son más que el residuo de la conducta sincera y rectilínea del poeta, cuya única razón ha sido la fidelidad y preocupación por la pureza de su obra. De poesía pura puede hablarse al tratar de la de J. R. J. Pero de una pureza en sentido esencial, no adscrita a la circunstancia histórica de la «poesía pura» entrecomillada o moda francesa, ni a un culto por la forma, forma de la que se ha ido alejando Juan Ramón cada vez más. Pureza de poesía más allá de la forma, pureza de contenido y esencia que considera a la forma, incluso, como caída. Convicción mantenida contra viento y marea, llámense sociales, oportunistas o políticas. Con un valor inusitado en nuestras letras (en las que los más temerarios juicios se vierten oralmente, pero donde casi nadie se atreve a escribir su opinión sincera), el poeta ha atacado todas las posiciones que considera como desviaciones o amenazas de la ingenuidad poética, desde el vigor panteísta y cósmico, pero lleno de gérmenes de corrupción, de la obra de Neruda, hasta el extremo opuesto de «diamantinismo» impecable y aséptico de Jorge Guillén.

Que haya sido él, el propio J. R. J., el animador y el primer modelo de las formas más absolutas de contención poética, no arguye que no haya podido, lle-

gado su tiempo, considerarlas superadas. Uno de los temas favoritos de la señora Palau, al tratar de la obra de nuestro poeta, es el señalar cómo en ella pueden encontrarse muestras de cuantos estilos han estado vigentes a lo largo del último medio siglo de poesía española, cuyo desarrollo es paralelo a la obra juanramoniana. Esto es tan cierto, y el tema tan sugestivo, que habrá de ser materia para futuros críticos. Repasando no ya la obra completa, cosa por ahora imposible, sino la parcial publicada, puede observarse cómo desde el modernismo hasta la conexión con la poesía en inglés de hoy (Eliot, por ej.) se encuentran muestras de neopopularismo, poesía pura y caricatura lírica, de deformación subconsciente. Con frecuencia, las características esenciales de J. R. J. traen a la memoria comunes posiciones con nuestros líricos más absolutos, con Góngora, concretamente. Coincidencias esenciales de actividad mental, aunque de sensibilidad diferente. Pues aun esta característica pluralidad de direcciones, conservando íntegra la personalidad, se da también en Góngora.

Así, qué lejos nos encontramos, cuando hemos cerrado este libro, de la idea de tantos lectores españoles, para quienes Juan Ramón significa un mundo de sensibilidad pálida, de esteticismo inefectivo hoy. Ese mundo queda ya en lo hondo, sepultado, a una distancia de cuarenta años, por dos o tres etapas posteriores de la obra del poeta, de diferente sentido. Y como clásico esencial, J. R. J. no tendrá jamás crítico justo más duro que él mismo, él que llega al máximo castigo de clasicismo que un creador puede imponerse: silenciar su obra, encerrarla en el inédito más hermético, hasta que el espejismo del entusiasmo que toda creación lleva consigo, se disuelva en el tiempo.

Nadie tampoco ha desconfiado más que él del entusiasmo mismo, de la embriaguez que acompaña a la creación poética y enturbia el juicio crítico del poeta. No hay para ello mejor remedio que el trabajo. Pero no el recogido por normas escritas, pues no se trata de escribir en papel rayado («Si te dan papel rayado, escribe del través»), ni de acomodarse a una solución previa, encanto del clásico fácil. Sino el trabajo que dictan las normas internas y vivas, sobre todo vivas, aclaradas a lo largo de la progresión del tiempo en el espíritu del poeta. No es la obra, así, un residuo o un objeto parado, muerto, sino un ser vivo que se va haciendo, una serena progresión en busca de perfección, fin imposible, inasequible al poeta por la limitación fatal de su vida. La dedicación de J. R. J. a su obra no se vierte a una cosa cerrada y aparte, sino a lo vivo de ella en su espíritu, a su propia alma en sí. Alta actividad aristotélica, superior a la del artesano, limitada a la cosa que hace.

A lo largo del tiempo, la trayectoria poética de Juan Ramón se muestra de una lógica depuración que no puede asombrar en un poeta que ha dedicado la totalidad de su ser a la creación y a su vigilancia. Rectitud de trayectoria que aún no vemos con toda claridad, en parte por proximidad, en parte por el conocimiento fragmentario que tenemos de la obra del poeta. El ejemplo de su poe-

sía, respondiendo al sentimiento y a la expresión de cada una de las etapas de la vida exige, en una línea de depuración, de desnudez, de claridad, compensa del frecuente fracaso de expresión y agotamiento rutinario que amenaza a tanto escritor al llegar a la vejez.

Completan el libro de la Sra. Palau ilustraciones de interés y 40 páginas de bibliografía, de la obra publicada y referencia a la inédita de J. R. J., de traducciones por él y de él, de su labor editora, de su colaboración esparcida en periódicos y revistas, de estudios y homenajes. Complemento necesario y útil, aunque forzosamente incompleto, dado lo complicado y extenso de la bibliografía juanramoniana.

«Vida y obra de Juan Ramón Jiménez» nos acerca la figura viva del poeta y nos devuelve la conciencia, dormida corrientemente en la apatía de lo que se da por dado, de una de las obras más absolutas y perfectas de nuestra poesía, y el orgullo y la alegría de que sea nuestro uno de los mayores poetas vivos del mundo occidental, entre los muy pocos, los tres o cuatro que puedan ser contados.

La obra de J. R. J. podrá ser olvidada, desconocida, será él «el astro no aplaudido» y se le negará el aplauso que nunca ha buscado. Pero aparte del gusto y del tiempo, quedará para siempre algo más importante que la obra misma: su postura de absoluta entrega a la poesía, su sentimiento de poesía plena. Si al poeta se le confunde en el mundo frecuentemente con cualquier cosa, casi siempre con un charlatán, a muy pocos, a los poseedores y poseídos de esa conciencia absoluta de la poesía, les es concedido la seriedad de poder ser poetas auténticos.

ALBERTO MARTINEZ ADELL

LAMB, URSULA.—**Fray Nicolás de Ovando, Gobernador de Las Indias (1505-1507).**—Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 1956, 250 págs.

Por una ironía del destino, lo que más se recuerda de Fray Nicolás de Ovando no son sus grandes dotes de gobernante y de organizador sino dos o tres hechos desafortunados que dan a su nombre, para muchos, un reflejo siniestro. A pesar de que las historias solventes de América no dejan de poner de relieve la trascendencia de su gobierno en la Española y a pesar de que los cronistas contemporáneos—salvo las justificadas objeciones de Las Casas a su tratamiento de los indígenas—están acordes en elogiarlo, Ovando, para los más, sólo es el hombre duro y cruel que, por desoir las advertencias de Colón, envió a la des-

trucción la flota en que Bobadilla regresaba a España; el que, más tarde prolongó innecesariamente los sufrimientos del Almirante y de los suyos, por su tardanza estudiada en enviarles socorros a Jamaica; el que, en fin, y en otro orden, es culpable de la ejecución de Anacaona.

De los dos últimos hechos es difícil exculparle, aun después de leer el magnífico libro que ha publicado no hace mucho sobre Ovando, la historiadora norteamericana Mrs. Ursula Lamb. La autora tampoco lo hace: se limita a exponer las razones probables del gobernador. Pero de la lectura del libro surge la figura de Ovando en su totalidad, como lo que realmente fué: un gran gobernante, a pesar de esas dos manchas—¿y cuál no tiene alguna?— que encontró la isla Española arruinada y en siete años la transformó en una colonia próspera y que en la organización que le dió trazó el modelo que, en buena parte, había de seguir por mucho tiempo la colonización del Nuevo Mundo.

Aunque lo esencial de la vida de Ovando—y su carácter—queda bien patente en el libro de la señora Lamb, la obra, como indica su título, no es una biografía sino un estudio minucioso de la gobernación de Ovando en las Indias. Es fruto de muchos años de trabajo y está hecho con gran rigor crítico, a base de la utilización metódica de todo el material publicado y de investigaciones personales de la autora en los archivos españoles.

En un primer capítulo presenta la autora el escenario en que se formó Ovando, o sea Extremadura en los años finales de la Edad Media, pródigos en luchas intestinas en las que Diego de Cáceres, su padre, maniobró con acierto para lograr poder y nombre, que sirvieron para situar ventajosamente a su hijo, joven aún, en la Orden de Alcántara; resume después el estado de esta Orden militar, las pugnas por alcanzar su maestrazgo y, con más detalle, la actividad de Ovando como visitador, actividad cuya eficacia, junto con su probada lealtad a los Reyes, explica por qué fué escogido para la difícil tarea a realizar en la Española: poner fin al desbarajuste en que sumieron a la isla los Colones y Bobadilla, convertirla en una fuente de ingresos y secundar allí la política de la corona de acabar con los privilegios de particulares. Las instrucciones dadas al nuevo gobernador—que la autora examina a continuación—eran, en parte, un obstáculo más en su camino, por su desacuerdo con la realidad. Uno de los mejores capítulos del libro es el siguiente, en el que se describe el estado de la isla en 1502 con la sociedad indígena en vías de desintegración por el contacto con otra civilización.

El verdadero tema del libro comienza cuando Ovando desembarca en abril de 1502 en el «confuso grupo de cabañas de paja» que era entonces Santo Domingo. La autora expone con detalle los acuciantes problemas que le esperaban, y que resuelve con varia fortuna. Por de pronto, la inesperada presencia de Colón, contra las instrucciones recibidas, y el anuncio del huracán. Ovando, hombre de tierra adentro, lo consulta con los pilotos de la flota, que no lo toman en serio, con el resultado conocido. La destrucción de la incipiente ciudad por el

mismo huracán que destruyó la flota, lo que mueve al gobernador a trasladarla del otro lado del río, trazando calles y plazas y comenzando la construcción de edificios de piedra. La amenaza del hambre; la ruina de los mineros por los elevados impuestos establecidos por la corona y que Ovando logra que se rebajen (al cabo de largas gestiones) de la mitad a un quinto; una epidemia que causa un millar de víctimas. Además de estas dificultades momentáneas, otra que resultaba fundamental para la colonia: la economía de ésta estaba basada en la explotación del trabajo de los indígenas. Pero declarados libres por la corona, los naturales se retraen, que era el único modo eficaz de librarse de los abusos de que eran víctimas. Ovando informa sobre ello y, un año más tarde, viene el orden sobre el trabajo forzoso de los indígenas, que resulta ser un arma de estabilización política tanto como económica en manos del gobernador. Comienza, así, la encomienda y sigue la «pacificación».

Terminada la lucha contra estos «infiel»s, Ovando acomete gradualmente la organización de la colonia, organización que estudia la autora en los magistrales capítulos finales del libro, no pocas veces aprovechando en forma totalmente convincente, escasas indicaciones documentales. Ovando basa la vida colonial en dos instituciones: la encomienda, que proporciona la mano de obra, y el municipio, que es la base de la organización política. «El gobernador Ovando— escribe la autora—fué el primero de los grandes fundadores de poblaciones en la «América hispana». En el capítulo sobre Trabajo y Producción, la autora estudia lo que se podría llamar *el problema indígena*. Allí escribe que «El indio de la Española no era en modo alguno un niño ni un «salvaje», como podían ver los observadores de la isla. Era diferente, carecía del impulso belicoso que dan la ambición y la codicia, aparecía moralmente superior a los cristianos, y en sus hábitos, tales como los frecuentes baños y la práctica de la caza menor, se ajustaba mejor a la vida tropical». Mal que nos pese, consideradas las cosas objetivamente, hay que reconocer que la autora está en lo cierto. Probablemente cualquier otro pueblo europeo habría actuado con igual incomprensión que nosotros y cuando la ocasión se ofreció, otros trataron igual o peor a los indígenas (los alemanes en Venezuela, por ejemplo). Pero la especial mentalidad religiosa-guerrera, fruto de la Reconquista y del contacto con el Islam, hacía a los españoles del siglo XV especialmente peligrosos en tratos con pueblos *distintos*. Recuérdese a Gómara: «comenzaron las conquistas de indios acabada la de moros porque siempre guerreasen españoles contra infieles». Pero esta medalla tiene anverso y reverso. Porque es cierto también que ningún otro pueblo habría sido capaz de la reacción moral ante las propias transgresiones que comienza con el sermón de Fray Antonio de Montesinos en Santo Domingo y, después de las luchas bien conocidas, culmina en las Leyes de Indias. Esta reacción vino tarde para salvar a los pobres araguacos y lucayos, pero es preciso recordarla al leer la triste histo-

ria de incomprensión que hoy nos parecen las relaciones con los indígenas de las Antillas.

En lo que se refiere a la economía, Ovando sabía decididamente lo que era factible y, como expone la autora, en este particular su éxito fué decisivo. Si en la producción de las minas la voracidad de la Corona le forzó la mano a límites poco prudentes, dejó solidamente arraigadas, en cambio, la ganadería y la producción agrícola. Pero todo dependía de la mano de obra y como la destrucción de ésta había comenzado antes de la venida de Ovando y sus disposiciones no habían logrado disminuirla, hacia finales de su gobernación se convirtió en un problema agudo, que se intentó resolver, sin resultado, recurriendo a los luca-yos. En 1505 empiezan a llegar negros, empleados sobre todo, en las plantaciones de caña de azúcar, introducida en tiempo de Ovando, pero que sólo llegó a ser la riqueza principal después de su marcha. El crecimiento de la comunidad colonial le planteó también difíciles problemas que resolvió con más acierto que las relaciones con los indígenas. A su llegada le recibieron 300 españoles y, según Las Casas, cuatro años más tarde eran ya diez o doce mil; bastan estas cifras como indicación de las dificultades que supusieron su encuadramiento ordenado en la vida y en la economía de la colonia. Finalmente, otra de las funciones importantes de Ovando era la de administrar los intereses de la corona, cuyos ingresos procedían, de una parte, de sus propiedades propias y de otra de los tributos. Aquí «demostró ser un administrador de primera categoría» opina la autora. En lo espiritual, no está tan claro el éxito; por lo menos, en relación con los indígenas, puede hablarse más bien de fracaso. Este era acaso, inevitable por la mentalidad del gobernador. Como escribe con acierto total la autora: «para Ovando, nada familiarizado con los paganos y los perturbadores—léase diferentes— los indios se convirtieron en el vecino infiel. Este reto al caballero cristiano fué reccgido y respondido con una guerra, medieval tanto por su método como por su ideología, encaminada a ultimar una paz que obligara al enemigo a adoptar la civilización de la sociedad católica española». Eran los suyos, además, los años que llamó el P. Fita «de la Iglesia huérfana» en las Antillas, los de Fernando el Católico, preocupado sobre todo de acrecentar su poder, y del Obispo Fonseca, que lo estaba de sus provechos personales.

En un capítulo final, la autora resume la obra de Ovando comparando el estado de la isla a su llegada con la colonia floreciente que dejó a su sucesor, Diego Colón. Los siete años de su gobierno fueron trascendentales para la colonización española y hay que agradecerle a la Sra. Lamb que al estudiarlos detalladamente en este libro definitivo, nos ayude a comprender mejor hechos y problemas que vinieron después.

V. LORIENTE CANCIO

JUAN RAMON JIMENEZ.—**Platero and I.**— An Andalusian Elegy. Translated from the Spanish by William and Mary Roberts. Drawings by Baltasar Lobo. Oxford: The Dolphin Book Company 1956. 159 págs.

A la Antología de la Poesía española, o castellana, de la Colección Penguin, se ha venido a juntar en los estantes de las librerías inglesas, la primera versión a este idioma de *Platero y yo*. Como toda sospecha de oportunismo tiene algo de odioso, por lo menos para mí, ha de advertirse que su aparición ha sido escasamente anterior, y no consecuencia, a la concesión del Premio Nobel a nuestro poeta. Anterior, también, a la primera traducción francesa, de Claude Couffon, editada por Pierre Seghers. Que Platero haya tardado cuarenta años en llegar a París y a Londres, es algo que le deja a uno pensativo. Mientras la creación del poeta de Moguer ha ido silenciosamente ganando popularidad por el mundo, hasta llegar a ser uno de los libros más populares en nuestras dos Américas y sus traducciones se han ido sucediendo a partir de 1943 —desde el italiano al hebreo—, es curioso como dos de los países tradicionalmente más atentos a toda novedad literaria han quedado rezagados trece años, por lo menos, en dar a conocer la Elegía Andaluza en sus respectivos idiomas. Una de las razones de ello reside en la paradoja de que el afán de novedad puede llevar al retraso. Porque claro es que el poema de J. R. J. puede ser todo menos novedad sensacional. En silencio, sin apoyarse en coyunturas fáciles de sensacionalismo o cualquier clase de moda, literaria o política, *Platero* ha ido profundizando en el sentimiento de generaciones de los pueblos hispánicos, espontáneamente, por su propio peso y valor, con una persistencia casi vegetal de hondura, hasta parecernos hoy, cerca del medio siglo de su primera salida, un libro clásico, es decir, intemporal y perfecto.

Es en estas causas—falta de propaganda voluntaria (en un mundo en el que el autor de cualquier obra mínima se despepita, legítimamente, por otra parte, por airearla), el desprecio por toda coyuntura fácil—donde han de encontrarse los motivos más directos de este olvido. Olvido tanto más curioso cuanto que han sido estas dos literaturas, la francesa y la inglesa, las de más directa influencia sobre la obra de J. R. J. El número de versiones de poemas ingleses y franceses hechas por el poeta es, relativamente, considerable, para no hablar de las traducciones de Tagore sobre la edición inglesa de Macmillan, o de la versión de Synge. Pero aun hay más, aparte de la simpatía literaria. Porque la preocupación de J. R. J. por la limpieza y claridad de la edición, influjo tan beneficioso en el libro español moderno y que no ha sido visto todavía en toda su amplitud e importancia, tiene como ejemplo el libro inglés. Sin olvidar la posible voluntad



de acercarse a la limpia y noble tipografía española del XVIII, las ediciones inspiradas por el poeta, en cuanto a tipos, elección de tintas, papel y encuadernación, evidencian el influjo de la edición inglesa.

Por todas estas razones, la obra y la figura de J. R. J. parece que debiera ser simpática, en el sentido etimológico de la palabra, al lector inglés, si la lógica presidiese las elecciones y los gustos. Pero no es esto exactamente lo que ocurre. Cuando los ingleses leyeron en el «Times», una mañana de octubre último, la concesión del premio Nobel a un poeta español llamado Juan Ramón Jiménez, sólo podían acudir, para formarse un juicio de la obra premiada, a dos publicaciones, ambas de la misma editorial, la Dolphin Book: el reciente *Platero and I* y la traducción de cincuenta poemas por J. B. Trend, aparecida seis años antes. Lástima que la excelente intención del profesor de Cambridge, uno de los ingleses más enterados de la cultura española, no sirviera de mucho para dar a conocer la obra juanrramoniana a los lectores de habla inglesa, parte por limitarse a ciclos ya cerrados de esta obra. Por el contrario, dió pie a una de las críticas más violentas e injustas sobre el poeta: a la de José García Villa, en el «New York Times Book Review».

Esta primera traducción inglesa de *Platero* que comentamos se debe, no a mano inglesa, sino al matrimonio americano William y Mary Roberts. No es versión completa de la edición definitiva del poema, la de Calleja, 1917, sino una selección, aconsejada y guiada por el autor, de 106 capítulos. Faltan por lo tanto, 32 poemas.

¿Se trata de una buena traducción? Creo que sí, teniendo en cuenta la dificultad que representa verter los poemas, aun en prosa, a un vehículo como la lengua inglesa, en que el colorido, si no la emoción, originales, han de resultar forzosamente exóticos. Quizá por ello, el color local—tan difuminado, aunque tan hondo, en la obra original tan impalpable—queda aumentado en su traducción, hasta el punto de verse, como a través de un cristal de color, lo que en aquella hay de verdadera guía espiritual de Moguer y de la Andalucía atlántica. Pero lo esencial del espíritu del poeta está vivo. No se trata, desde luego, de una recreación, cosa difícil, por no decir milagrosa. Asesores españoles—entre ellos, el inolvidable don Juan Guerrero—han intervenido con su consejo sobre la propiedad de giros y términos. Claro que la prosa de J. R. J., prodigio aquí de exactitud y gracia armónica, no ha podido conservar su ritmo propio, y bien puede ser que al leer la traducción, nos suene, por detrás de las líneas inglesas, inevitablemente, el recuerdo de las frases originales, caso en que, bien seguro, no se ha de encontrar el lector inglés.

En una breve nota previa, los traductores presentan la obra acudiendo al paralelo con *Alice in Wonderland*. Así como la obra de Lewis Carroll es conocida por todos los pueblos de habla inglesa, lo es *Platero* en los mundos de habla hispánica. El paralelo es muy relativo, aun limitándose al plano de la difusión, y

puede crear confusiones, por no haber, en absoluto, ninguna coincidencia, ni de intención ni de realización entre una y otra obra.

La edición de este Platero inglés, de la Dolphin Book Company, de Oxford, es tan bella y pulcra como todos los libros de esta editorial, a la que debemos una ya larga lista de publicaciones de primera calidad sobre materias hispánicas.

Reproduce los dibujos de Baltasar Lobo para la edición española de París, 1953, lo que le convierte en el artista de mayor fortuna europea entre la ya próxima docena de ilustradores del poema, pues también fueron incorporados a la traducción alemana de Francfort, del mismo año.

¿Contribuirá este Platero inglés a hacer familiar a su dueño entre los lectores británicos? No hay que esperar que la pura historia del asno de Moguer, llena de sutileza y de encanto, haya obtenido una acogida demasiado entusiasta, al parecer en los escaparates de las librerías londinenses, entre la traducción de «Les Mandarins» y el teatro de Tennessee Williams. Pero el libro, es lo importante, aquí está. Y el asnillo gris, cargado de flores silvestres y del alma del gran poeta, puede hacer ahora, con mayor facilidad, su silencioso camino por el mundo espiritual anglosajón.

ALBERTO MARTINEZ ADELL

EUGENIO COSERIU.—**Sistema, norma y habla.**—Montevideo, Universidad de la República, 1952.—**Forma y sustancia en los sonidos del lenguaje.**—Montevideo, Universidad de la República, 1954.

Desde hace unos años, en Montevideo, el Departamento de Lingüística de la Universidad de la República, desarrolla una labor que, sin duda, promete dar en breve frutos tan sazonados y copiosos como en décadas pasadas el Instituto de Filología de Buenos Aires, bajo la dirección de nuestro malogrado Amado Alonso. El que ha puesto en marcha esta actividad en Uruguay, con entusiasmo y diligencia, con profundidad y sin cansancio, es Eugenio Coseriu, dos de cuyos trabajos aquí reseñamos.

Publicados lejos de los centros habituales de donde vienen las novedades, han pasado casi inadvertidos de los estudiosos. Sin embargo, el uno y el otro constituyen sendos exámenes de cuestiones tan fundamentales y debatidas de la lingüística teórica como son las relaciones entre lengua y habla de una parte, entre forma y sustancia de otra. Desde este punto de vista ambos escritos pue-

den prestar extraordinaria ayuda al estudiante, pues se exponen con claridad las opiniones que han circulado sobre tales temas y se someten a crítica serena, imparcial y realista. Pero hay más: el autor no se contenta con el cometido—óptimamente logrado—de expositor, sino que con agudeza y sagacidad ahonda en ambos problemas y busca soluciones, a nuestro entender acertadas.

Sería difícil reducir a los límites de una reseña los razonamientos del señor Coseriu y resumir sus conclusiones. En «Sistema, norma y habla», el autor, insatisfecho por la vieja distinción saussureana *langue-parole*, que no es unívoca ni en su creador ni en sus continuadores, pretende, partiendo de la proposición de Hjelmslev de distinguir en el lenguaje tres aspectos (esquema, habla) averiguar si, metodológicamente y en teoría, es posible y útil una tal tripartición del lenguaje, siempre sin perder de vista su unidad esencial. Para ello, E. C. examina, crítica y comenta las «incoherencias y contradicciones» acerca de «lengua» y «habla» observables desde Saussure en adelante, y nos hace ver la insuficiencia de la dicotomía del lingüista ginebrino. Se hace precisa la introducción entre lo sistemático y el hablar concreto, de lo *normal* (no en el sentido academicista de «correcto»). Hay que distinguir: «1) las características concretas, infinitamente variadas y variables de los objetos observados; 2) las características normales, comunes y más o menos constantes, independientemente de la función específica de los objetos (primer grado de abstracción); 3) las características indispensables, es decir, funcionales (2.º grado de abstracción)». «En el mismo Saussure pueden encontrarse las premisas para la estructuración de ese concepto» de *norma*. Expone C. los reflejos que de esta idea de norma hay implícita o explícitamente en la investigación empírica y en la lingüística estructural y llega a la conclusión de que «la lengua, en el sentido amplio del término, no es sólo sistema funcional sino también realización normal». Luego ejemplifica abundantemente la tripartición en lo fonológico, morfológico, sintáctico, lexical..., y termina con un esbozo de teoría coherente del hablar, distinguiendo: 1. *Sistema*. — 2. *Norma*. — 3. *Norma individual*. — 4. *Hablar concreto*. Y «a los pasajes entre los varios planos de abstracción, corresponden, además, tres conceptos secundarios: a) *hechos de habla*; b) *hechos de norma individual*; c) *hechos de norma social*. Por consiguiente: 1) Si la oposición se establece entre *sistema* y *realización*, la *lengua* comprende sólo el *sistema*, y el *habla* todos los demás conceptos, abarcando varios grados de abstracción (*normas* sociales e individuales) y el plano concreto del *hablar*. 2) Si la oposición se establece entre *concreto* y *abstracto*, el *habla* coincide con el *hablar*, y la *lengua* comprende todos los demás conceptos principales, abarcando varios grados de abstracción (*normas* y *sistema*), que, sin embargo, se manifiestan concretamente en el hablar. 3) Si la oposición se establece entre *social* e *individual*, la *lengua* comprende el *sistema* y la *norma*, y el *habla* abarca la *norma individual* y el *hablar concreto*, conteniendo, sin embargo, los otros dos conceptos. 4) Si la oposición se establece entre *novedad* u *originalidad expresiva* y *repetición*, el

*habla* comprende exclusivamente los hechos de habla (a), y la lengua todos los demás conceptos, inclusive los aspectos sistemáticos y normales del hablar». Por otra parte, la distinción entre norma y sistema, además de mostrar lo convencional de la oposición lengua-habla, coloca el concepto de lengua «en la consideración descriptiva e histórica y no analítica e interpretativa del lenguaje», aclara la actividad lingüística «que es al mismo tiempo creación y repetición (re-creación)», y sobre todo aporta mucho a la comprensión del cambio lingüístico, pues el individuo «cambia la norma, quedando dentro de los límites permitidos por el sistema».

El segundo folleto se refiere al papel que «forma» y «sustancia» desempeñan en los sonidos del lenguaje, y por tanto a la consideración que ha de prestarse a una y a otra en los estudios lingüísticos. En conexión íntima con este problema, aparecen otros como la relación entre fonética y fonología, entre lengua (sistema) y lengua (idioma), y entre glosemática y lingüística. El propósito de E. C. es «demostrar que la separación entre fonética y fonología y la exclusión de la sustancia de la consideración de los hechos fónicos no sólo son inoportunas desde el punto de vista metodológico e implican dificultades prácticas insolubles..., sino que son imposibles, tanto desde el punto de vista de las sucesivas formalizaciones mediante las cuales se estructura el concepto de 'sistema', como desde el punto de vista del conocimiento real del lenguaje como fenómeno, y del conocimiento fenoménico en general, puesto que sólo conocemos sustancias y las conocemos sólo porque tienen forma». Con sana amplitud de criterio, pero con rigurosa crítica, examina las diferentes posiciones de otros lingüistas acerca del tema que le ocupa. Pone de relieve cómo la fonética es necesariamente disciplina lingüística, puesto que estudia los sonidos no en general, sino en cuanto sonidos articulados utilizados en el lenguaje, y por tanto son «sustancia formada», y cómo la fonología ha de tener en cuenta la sustancia, en cuanto los fonemas no son formas puras (y vacías) sino «formas de sustancia». Interviene el autor en el debate glosemático, apreciando y exponiendo como pocos lo valioso de la doctrina de Hjelmslev, y señalando cómo la glosemática se sitúa en un plano de abstracción superior al de la lingüística, y por tanto sus objetos no son las lenguas históricas, ni el lenguaje hablado, sino los sistemas semiológicos (entre los que uno de tantos sería el lenguaje hablado), y cómo «no es ciencia de realidades concretas e históricas, sino ciencia de posibilidades». Establece una gradación de formalizaciones en el estudio de la sustancia acústica, donde claramente se ve como en cada grado de abstracción la sustancia es a su vez forma del grado inferior, y la forma es sustancia del grado superior de abstracción, partiendo de la incognoscible sustancia no formada y pasando por el ruido (o forma acústica) el ruido vocal no articulado, el ruido vocal articulado (o sonido), el alofón (o sonido del lenguaje), el fono (o sonido normal en una lengua), el fonema (lo que es funcional y distintivo), y llegando a la pura forma (el *cenma* hjelmsleviano). Den-

tro de la lingüística estarían, pues, la *alofonética* (para el campo del hablar concreto, de la «parole»), la *normofonética* (para el campo de la realización normal, una de las acepciones de «langue» saussureana) y la *fonología* (para el campo del sistema funcional). Pero en las tres la consideración de la sustancia es ineludible (como lo hace ver la insuficiencia de los criterios distribucionales para identificar los fonemas). Las conclusiones son claras y, creemos, plenamente convincentes. Indiquemos que, a lo largo de estas densas y sugerentes páginas, se tocan cuestiones tan interesantes como la distinción entre «descripción» y «realidad» de una lengua (todas las descripciones que «digan 'lo mismo' son válidas, si no se pretende identificarlas con la realidad»), como la diferencia entre el hablar y la escritura (donde se pierde casi totalmente la *función evocativa*, tan importante como descuidada en nuestros estudios), como la distinta situación de la «sustancia del contenido» y la «sustancia de la expresión». «Esta última no es una sustancia sólo *organizada* por el lenguaje sino que es la sustancia misma *del* lenguaje como fenómeno perteneciente al mundo objetivo, exterior al sujeto («naturaleza»). Además indica el no absoluto paralelismo (defendido por Hjelmslev) entre los dos planos de expresión y de contenido, pues las formas del contenido «*forman toda la sustancia correspondiente...*, mientras que en la expresión *la sustancia acústica se selecciona y buena parte de ella queda simplemente no formada*».

En suma estos dos trabajos de E. C. deben ser leídos y meditados con la atención que merecen; no sólo exponen problemas de los más considerables de la lingüística, sino que aportan a ellos soluciones claras, coherentes y conciliadoras entre posiciones teóricas y prácticas de aquí o de allí.

Basándose en estos trabajos teóricos, E. C., esta vez en colaboración con W. Vásquez, distinguido lingüista del mismo Departamento, ha publicado un breve folleto *Para la unificación de las ciencias fónicas (Esquema provisional)*, Montevideo, 1953, donde se organizan en un todo único los diferentes aspectos del estudio de los hechos fónicos,

E. A. LL.

DIEGO CATALAN.—**Un prosista anónimo del siglo XIV.**—Biblioteca filológica. Universidad de La Laguna. Canarias, 1955.

En el trabajo de D. C. sobre el *Poema de Alfonso XI. Fuentes, dialecto, estilo* (Gredos, 1953) ya se nos daba noticia de la Gran Crónica de Alfonso XI, aún inédita y llamada así para distinguirla de la versión oficial, abreviada considerablemente, que se hizo en tiempos de Enrique II; y que es la que ha circulado has-

ta ahora como texto original. El libro que examinamos es precisamente un estudio completo de esta redacción primitiva de la crónica de Alfonso XI. Con rigor de método y compulsación completa de materiales, D. C. estudia esta versión y llega a resultados de interés indudable no sólo para la historiografía del siglo XIV, sino también para la historia literaria de ese siglo, puesto que la Crónica está en la base del Poema de Alfonso XI, y además en su estilo y en su concepción de la historia se adelanta bastante a las tendencias que luego representará el canciller López de Ayala.

El libro está dividido en cuatro partes. En la primera D. C. examina la relación de las versiones abreviadas y las ediciones impresas de la crónica con los dos manuscritos en que —si bien de forma incompleta— se ha conservado la versión original amplia. La gran distancia de valor literario que separa a ésta del seco texto oficial enriqueño da motivo al autor para ofrecernos —en la segunda parte— un muestrario, pormenorizado y comentado, de la Gran Crónica, mediante el cual podemos apreciar la habilidad narrativa y artística del desconocido autor, así como su concepto de la historiografía, muy novedoso y totalmente opuesto al tradicional en las crónicas castellanas. Esto explica precisamente el hecho de la abreviación, que redujo el texto original a los límites normales cronísticos y lo despojó de los elementos novelesco-poéticos, considerados incompatibles con la austeridad del estilo cronístico tradicional. La nueva manera historiográfica del anónimo de la Gran crónica ha de esperar aún para imponerse a que surja la figura de don Pero López de Ayala.

En la tercera parte se examinan los problemas en torno a las tres redacciones de la crónica de Alfonso XI. La primera redacción, la versión amplia, es anónima y no pueden aceptarse las atribuciones hasta ahora hechas; en cuanto a su fecha parece segura la de 1344. Siguiéndola muy de cerca, pero eliminando mucho dato y episodio, se redactó la versión rimada de Rodrigo Yáñez, el Poema de Alfonso XI. Finalmente, en el reinado de Enrique II, se redujo la crónica primitiva y se estableció la crónica oficial.

La cuarta parte del libro se dedica a establecer la reconstrucción del original primitivo, puesto que los manuscritos conservados no son completos y a veces presentan ciertos pasajes defectuosos. Para esta reconstrucción es importante el Poema. Además tienen interés las huellas que la primitiva crónica o el Poema han dejado en la obra de Fernão Lopes.

En apéndice se recoge la lista de ediciones y manuscritos de la crónica, y se indican algunas notas marginales de los manuscritos que presentan cierto interés.

D. C., con este trabajo, ha aportado al estudio de la literatura del siglo XIV hechos de primer orden que no pueden desatenderse cuando se exponga tanto la labor historiográfica de ese siglo, como la épica erudita del autor del Poema de Alfonso XI, en el cual ha de verse una actitud análoga a la de los que versificaron sobre las crónicas los llamados romances eruditos.

E. A. LL.

EDMUND DE CHASCA.—**Estructura y forma en «El Poema del Mio Cid».**  
—State University of Iowa Press, Iowa City (USA), 1956.

No faltaban estudios sobre el *Canlar de Mio Cid* desde el punto de vista estilístico. Recordemos, para no citar que un ejemplo español, «Estilo y creación en el Poema del Cid» (recogido en *Ensayos sobre poesía española*) de Dámaso Alonso. Pero no se había emprendido el examen total del poema, considerado como obra de arte. Esto es lo que, con penetración y tino, intenta el sr. de Chasca en este libro, siguiendo un procedimiento análogo al utilizado por ciertos estudiosos con otras obras (verbigracia, Casaldueño sobre Cervantes). Aunque el *Cid* sea obra poética, es evidente que el análisis estilístico ha de hacerse en él con aparejos diferentes de los habituales al examinar una composición lírica, y más semejantes a los empleados para desentrañar el «sentido» de obras narrativas, como la novela. Así, el enfoque estilístico sobre el *Cid* no ha de fijarse primordialmente en pormenores lingüísticos formales, que son tan indicadores y luminosos en la lírica, sino sobre todo en elementos más del contenido que de la expresión (aunque éstos los reflejen): el desarrollo del tema (previa su determinación), las incidencias y digresiones, el movimiento espacial y el paso del tiempo, la presentación y evolución de los caracteres y las peculiares relaciones que entre ellos se establecen, etc. De todo ello surgirá un esquema que aclare el sentido del libro y nos muestre los medios con que se hace explícito este sentido.

No es cosa de resumir aquí las precisas y acertadas interpretaciones de E. de Ch. Señalemos únicamente los puntos esenciales. El tema «es el restablecimiento de la perdida honra del héroe. Empieza con el destierro de éste y termina con su triunfo jurídico en las Cortes de Toledo». Por tanto «el factor determinante es la relación entre el rey don Alfonso y su vasallo». El autor estudia con agudeza el proceso de esta relación, y demuestra cómo el casamiento de las hijas (y su ulterior afrenta en Corpes) no es la acción principal (como algunos piensan) sino «el incidente decisivo entre el principio y el fin», que marca una línea divisoria entre dos grandes partes del poema: «el momento en que la posición relativa de rey y vasallo cambia sutilmente, a saber cuando el Cid deja de ser peticionario y Alfonso se encuentra en una situación defensiva». En otros capítulos se examinan los procedimientos artísticos del juglar: la variedad (marcada en las partes del poema, en los episodios, en las acciones bélicas, en el movimiento), el uso graduado de la expectación del oyente, la parquedad de lo reflexivo, la precisión del vocablo (ejemplificada con los números), las indicaciones escénicas y plásticas tan sobrias (en el paisaje, en la indumentaria, en los gestos...), ciertos recursos de escuela (descripciones enumerativas, etc.) En otro capítulo se muestran los motivos que hacen del Cid una figura formalmente

heroica (aun dentro del realismo), y se hace un detenido examen del pasaje de las Cortes de Toledo, culminante en las palabras del rey al Cid: «mejor sodes que nos»; y finalmente, en la conclusión, se determinan los motivos por los que el Cid del poema puede considerarse héroe nacional y no simplemente héroe genérico. Mediante el análisis de E. de Ch. vemos cómo el sentido político y religioso típico de la Reconquista, está presente en el poema y en su protagonista.

En un apéndice se ofrece un certero análisis del romance de Alora, como complemento para ciertas afirmaciones sobre el estilo épico.

Este libro ha de constituir una guía inapreciable para el que quiera captar en su totalidad lo que el viejo Cantar encierra en sus versos.

E. A. LL.

LLOYD A. KASTEN, ed.—**Poridat de las poridades.**—Madrid, 1957.

El ilustre medievalista del Departamento de español de la Universidad de Wisconsin, y continuador de Solalinde en la difícil y delicada tarea de editar la magna *General Estoria* del rey Alfonso, nos ofrece aquí la edición de una de las obras didácticas del siglo XIII más interesantes, resultado de la labor que pudiéramos llamar «para-alfonsina» del profesor Kasten. En una apretada y jugosa introducción de veinte páginas, el señor K. nos expone lo que es el texto que presenta: su introducción en España por conducto arábigo, la existencia de dos versiones una oriental y otra occidental (la Poridat) como en casi todos los libros aportados a Europa por los musulmanes, la relación de este tratado de gobierno con otras obras didácticas (como los Buenos Proverbios) y especialmente con las relacionadas con la leyenda de Alejandro; los aditamentos posteriores al texto primitivo; los manuscritos conservados; las normas de su edición. La edición se basa en el llamado ms. M. (del Escorial), con las variantes de los otros mss. a pie de página. En apéndice, va primero un resumen del tratado, que aparece en el ms. O, y luego la traducción catalana de la Poridat que aparece en el *Libre de la saviesa* atribuido a Jaime I. La edición, en lo que puede determinarse sin compulsar un facsimil, nos parece totalmente correcta. En cuanto a la fecha de la traducción castellana, el señor K. manifiesta lo difícil de su precisión; pero como dos de los mss. «son probablemente de fines del siglo XIII o comienzos del XIV y representan ya en aquella fecha dos familias distintas», evidentemente su tradición se remontará bastantes años atrás. «Por eso se puede quizá fechar la obra a mediados del siglo XIII, tal vez a fines del reinado de Fernando III



o durante los primeros años del reinado de Alfonso X». Si, como parece, el lapidario agregado al final de la Poridat sigue de cerca al del Libro de Alexandre (pero a un ms. que no es ninguno de los conservados), y este poema hay que situarlo antes de 1250, es evidente que la fecha asignada por Kasten al tratado pseudoaristotélico es muy probable.

Hemos de agradecer al señor K. la edición de un texto tan importante en la prosa del XIII pre-alfonsina, llevada a cabo con pericia y escrupulosidad conienzuda.

E. A. LL.

ALVARO GALMES DE FUENTES.—**Influencias sintácticas y estilísticas del árabe en la prosa medieval castellana.**—Madrid, Real Academia Española, 1956.

Aunque se ha efectuado este estudio sobre un texto limitado, un capítulo del *Calila y Dimna* (según la versión inédita de la Biblioteca de Palacio) comparándolo en sus redacciones castellanas y árabigas y hebreas (especialmente la de un Jacob ben Elazar del siglo XIII), el examen de los problemas se ensancha convenientemente hasta cubrir el campo que nos indica el título. En efecto, A. G. tiene en cuenta para decidir afirmaciones otros numerosos textos medievales (y cuando es preciso posteriores), de forma que, en algún aspecto, los temas que analiza se refieren a terrenos amplios de la sintaxis histórica del español. La escasez de estudios de este tipo ya hace valioso el trabajo que comentamos; pero, además, éste nos aporta conclusiones realmente importantes, no sólo en cuanto a la sintaxis se refiere, sino también al modo de producirse la interferencia lingüística árabe-romance y a las condiciones en que se llevó a cabo la traducción romance del *Calila*. Por ello, como por la pulcritud y precisión con que el autor conduce su investigación, el libro de G. es meritorio de la atención de todos los estudiosos medievalistas y lingüistas.

En la Introducción, el autor expone sus propósitos y escribe unas páginas de no poco interés, completando a G. Menéndez-Pidal, sobre los orígenes de la prosa literaria española. Resalta el hecho, no señalado debidamente hasta ahora, de cómo, merced al sistema de traducción doble de la escuela de Toledo (del árabe oralmente al romance y de éste al latín por escrito), el rudo dialecto castellano cuando aparece por escrito con intención literaria ya llevaba un siglo de elaboración y flexibilización de sus posibilidades para la expresión en esos ejercicios de traducción oral. Insiste también en la presencia, entre el equipo de traductores, de un «emendador» riguroso, de manera que lo que pueda señalarse como arabismo en la prosa primitiva no se debe a literalismos inconsciente de las traduc-

ciones, sino a real influencia de la lengua traducida. Respecto del *Calila* indica que la «profunda semitización» de la versión descarta toda versión latina intermedia entre árabe y romance, y además apunta el parentesco muy cercano en algún momento de la versión castellana con la redacción hebrea a que aludimos más arriba.

Luego imprime a triple columna el texto base de su investigación, el capítulo del *Calila* referente al médico Berzebuay, yuxtaponiendo la versión romance del Escorial (A y B), la árabe publicada por Cheikho y la romance inédita de la Biblioteca de Palacio, distinguiendo con cursivas o versalitas las correspondencias y diferencias entre unas y otras versiones.

El estudio propiamente sintáctico comienza con el capítulo III, dedicado al pronombre relativo y problemas conexos. Después de un examen demorado de los ejemplos pertinentes, el autor resume «los casos en que el traductor español, consciente o inconscientemente, se deja influir, calcando sus giros, por modelos de la lengua traducida». De estos, el más importante es el calco del *ca'* id árabe, como en la frase: «Et es atal como la jarra *que yaza en ella*, en su fondón, muerte supitaña». (Respecto a esto, nos queda la duda de que en ciertos casos de preposición *de* pueda tratarse de un partitivo como en francés, por ejemplo en «el agua salada, *que* cuanto más el omne beve *della*, tanto más sed mete»). Otro calco es el giro que aparece por ejemplo en «*lo que* contesga al seglar *de tribulaciones*» (esto es: las tribulaciones que acontecen al seglar). Un tercero es el empleo de adjetivos verbales con sujiyo romance equivalentes a los nombres de agente o paciente árabes, como «mercador perdidoso», «mundo fallesceder» etc. Otra particularidad curiosa, y evidente, es la traducción por semejanza acústica del adverbio *qad* por *ca* o *que* romances, hecho que A. G. explica con pormenor y claridad.

Los problemas referentes a los pronombres personal, demostrativo y posesivo (junto con los adverbios *ibi*, *ende*) se tratan en el siguiente capítulo. Aquí se estudia y se hace un esquema de las posiciones del pronombre átono con respecto al verbo; se señala cómo la abundancia del empleo de pronombres tónicos con preposición en lugar de los átonos está apoyada por el uso árabe; se indica el poco uso en estas traducciones de *y* y *ende*; vemos el empleo del personal sustituyendo al posesivo (inexistente en árabe) como en «et a *las* pisadas *dellos* despartó el dueño de la casa»; y el calco del árabe *nafs* reflexivo en expresiones como «pensé en *mi corazón e voluntad*».

En el capítulo V se hace un examen de los distintos modos de expresar un sujeto indeterminado y general, comparando los hechos latinos y árabes y las posibilidades de varias lenguas romances llegando a tener que pensar que ciertos usos generales de la persona «ellos» («Al buen callar *llaman* Sancho») y el valor «impersonal» de la segunda persona se deben en parte, en español, a la existencia en árabe de dichos giros. También se examinan las diferencias del ant. esp. *omne* y el francés *on* (y alemán *man*), teniendo presente que en los textos castellanos traducidos *omne* traduce casi constantemente al árabe *raḡul* (y análogos), lo cual, según A. G., detuvo el proceso de gramaticalización (que se consumó en francés).

A continuación se pasa a tratar de la frase nominal, las formas nominales del

verbo y la expresión verbal del tiempo objetivo. El prestigio de la lengua árabe explica en los textos romances la abundancia de nombres de acción en *-miento* y en *-ura* y de adjetivos creados con sufijos para traducir los *masdars* y participios árabigos. De igual modo abundan los infinitivos sustantivos, con una frecuencia muy superior a la de las demás lenguas romances.

El capítulo VII se ocupa del estilo; se determina la influencia árabe en la preferencia por las construcciones paratácticas tipo «... e...», que no se deben a primitivismo ni a inhabilidad; en la introducción de una copulativa en la apódosis (que aunque no desconocida de otras lenguas románicas, sólo en español presenta cierta vitalidad); en la repetición de *que* tras los incisos; en el paralelismo rítmico; en la paronomasia (especialmente los tipos «*bramó Çençeba* muy fuerte *bramido*», perdurado en los «*burla burlando*» y «*calla callando*», y «*dizen que una ave de las aves*»); en el anacoluto (reducido en otras lenguas a lo coloquial y descuidado); en la elipsis del verbo copulativo, en los usos de «no... sino (o salvo)», en lugar de «sólo» con el verbo correspondiente.

Las conclusiones se recogen en el último capítulo. El autor ha intentado (dice, y creemos que ha conseguido) «descubrir lo que en realidad constituye un influjo auténtico y constante, analizando... la proyección, en la prosa de los siglos subsiguientes al XIII, de los arabismos de la época alfonsí». Tres puntos son esenciales: a) «ampliación de normas preexistentes e imposición de nuevos usos extraños»; b) «voluntad de dejarse influir»; c) «el siglo XIII es la época floreciente del arabismo sintáctico»; después, vueltos los ojos a Europa, la preston es latinizante y se rechazan los giros semíticos aceptado antes, pero algunos «viven soterrados en ella [el habla vulgar], para aflorar de nuevo en la literatura popular de los siglos de oro».

E. A. LL.

CELSE FERREIRA DA CUNHA.—**O Cancioneiro de Martin Codax.**—Rio de Janeiro, 1956.

El profesor brasileño Celso da Cunha, bien conocido por sus excelentes trabajos sobre la lírica medieval (como los dedicados a Gómez Charinho y a Joan Zorro), nos ofrece en este volumen un estudio y una edición completísimos de las composiciones que los cancioneros nos han transmitido de Martín Codax, el delicado cantor del mar de Vigo.

En una a modo de introducción se expone lo único de que es dable tratar acerca del poeta: su apellido. Pasa revista el autor a las distintas opiniones formuladas. En definitiva lo que se puede afirmar es la acentuación aguda: *Codax*; «no meio das incertezas que envolvem o apelido do poeta, a questão da sílaba tónica parece ser... a única coisa relativamente segura».

Luego se ofrece el texto crítico de las siete cantigas, previa la descripción de

los códices en que se hallan: el de la *Vaticana*, es de la *Biblioteca Nacional de Lisboa* (= Colocci-Brancuti) y el llamado *Pergamino Vindel* (el más antiguo y base de la edición). También se examinan críticamente, y por orden cronológico, las sucesivas ediciones anteriores, incluso la publicación en antologías u obras varias de alguna de las cantigas de Codax. (En esta lista se podría añadir: Martín de Riquer, *Antologías de textos románicos medievales*, II *Poesía lírica*, Barcelona, 1951, donde, págs. 76-77, se incluyen las cantigas I y III de Codax, según la edición de Nunes; también apuntamos otro detalle de poca monta en pág. 33, núm. 33, Paul Cid Noé, creemos es anagrama de Francisco Vindel = Paco Vindel). Expuestos los principios a que se sujeta la edición, siguen las cantigas, minuciosamente comentadas en todos sus aspectos: métricos, sintácticos, fonéticos, etc., y con explicación de cada lectura crítica adoptada. Nos parece que el texto de Codax queda fijado definitivamente. También se recogen las traducciones a otras lenguas que han merecido estas siete cantigas.

La última parte del libro está constituida por el glosario de todas las voces «codacianas». Glosario hecho a conciencia y de indudable utilidad. Algunos vocablos se prestan a desarrollo especial y a discusiones sobre distintos puntos lingüísticos-filológicos. Señalemos, por ejemplo, los detenidos artículos sobre el origen de *bailar*, sobre *coidado*, *garda*, *irmana*, etc. Unas pocas observaciones: en *corpo*, C. da C. indica que hubo ya un *cōrpu* singular en latín vulgar y se aparta de la opinión de Corominas y otros; pero en ejemplos como *Cid: parantlas en cuerpos*, nos parece que *cuerpos* es singular sigmático hereditario. En *garda*, se aduce una opinión de Molho para explicar la pérdida del *w*; no creemos que sea exacto afirmar que desaparece en *gua-* átono: por lo menos en castellano (*guadaña*, *guarecer* y los *guada-* de origen árabe, no escasos); cuestión conexas es la pérdida del mismo sonido en *nunca*: ¿no habrá sido por disimilación respecto de *u* tónica, como *angusta* > *agustu*? En *irmana* es interesante señalar la opinión del autor, muy plausible, de que «lícito é concluirmos que nas cantigas de amigo nom sempre *irmana* denota grau de parentesco. Era apenas uma das denominações da confidente admitidas pelo gênero».

Por último se agrega una copiosa bibliografía y se insertan facsímiles de los tres manuscritos de Martín Codax.

Esperamos que el Sr. da Cunha, continuando su labor, nos dé pronto nuevas muestras de su competencia y preparación en el campo medievalista.

E. A. LL.